



ÉPOCA 3.^a — AÑO VIII. — TOMO VI.

NÚMERO 41. — Madrid 15 de Agosto de 1883.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.

Seis meses..... 30 rs.
Un año..... 60 "

CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses..... 2 ½ ps.
Un año..... 4 "

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EXTRANJERO.

Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 "

FILIPINAS Y MÉJICO.

Seis meses..... 3 ½ ps.
Un año..... 6 "

SUMARIO

TEXTO. — *Cartas de verano*, por Nulema. — *Crónica*, por D. Damián Isern. — *¡Qué calor!* por Blas. — *La mujer de Navarra* (conclusión), por D. Francisco Navarro Villoslada. — *El Estío* (conclusión), por D. Eduardo Saavedra. — *Arquitectura moderna*, por D. Eduardo Saavedra. — *En un álbum*, por D. F. de la Vera é Isla. — *La arquitectura en el templo católico*, por D. E. M. Repullés y Vargas. — *Los grabados*. — *Maria de Goës* (continuación). — *Revista de conocimientos útiles*. — *Jeroglífico*. — *Anuncios*.

GRABADOS. — *Verdaguer*. — *Ermita de Nuestra Señora del Mar*, en Vizcaya. — *El Ángel caído*, estatua de don Ricardo Bellver. — *Arco mudéjar*, en Valladolid.

CARTAS DE VERANO

Sr. D. MODESTO RIERA:

MI QUERIDO COMPAÑERO Y AMIGO: ¡Qué hermosa y admirable hubiese sido nuestra patria si los monumentos é instituciones de los pasados siglos se hubieran mantenido, con los adelantos y progresos legítimos de estos tiempos, formando armonioso conjunto, en que la vida moral y religiosa se reflejase en la material, y ésta á su vez realizase con sus progresos é invenciones el cuadro maravilloso de nuestra verdadera y cristiana civilización! Yo maldigo con toda la energía de mi corazón de ese espíritu moderno, tan antiguo como la caída del primer hombre, que ha divorciado el cuerpo del alma de la sociedad española, abriendo entre ambos un abismo de vergüenza y de muerte, en el cual van hundéndose las glorias pasadas y las esperanzas de una completa restauración social. ¿Y cómo no maldecir de ese espíritu infernal al viajar por nuestro país y contemplar á diestro y siniestro tantos monumentos destruidos, tantas ruinas de monasterios y templos venerandos, tantas cruces caídas, tantas ilustres memorias olvida-

das, tan bellas costumbres perdidas y tantos campos desamparados y desiertos, que un día fueron planteles de la Religión, manantial de salud y de riqueza, escuela de buenas costumbres y nervio principal de la sociedad española?

Dejaré hablar á los hechos cuya elocuencia es incontestable y resuena estos días en mi corazón, inspirándome estas reflexiones. El viajero que sale

de Madrid para Barcelona, pasando por Zaragoza, comienza su viaje viendo el antiguo monasterio de Atocha convertido en cuartel de inválidos. Atocha era una gloria de Madrid, y las banderas que cubren los muros de su basilica están protestando contra las victorias que obtuvo la revolución sobre los pacíficos dueños de aquella ilustre casa. ¿Qué inconveniente había en que el monasterio de Atocha se alzase sobre la estación del ferrocarril? ¿Por qué han de ser desacordes los cánticos de los religiosos y los silbidos de las locomotoras? ¿No sería una costumbre moralizadora y poética que el viajero, antes de lanzarse á los peligros de los caminos de hierro, subiera á encomendarse á Nuestra Señora de Atocha, y que lo mismo á su llegada acudiese, antes que á ninguna otra parte, á dar gracias á Nuestra Señora por el feliz término de su viaje? Pues esto hubieran hecho nuestros abuelos si hubiesen tenido junto al monasterio de Atocha la estación del ferrocarril. Si el monasterio hubiera subsistido, ¿no hubiera sido consolador y hermoso ver salir los trenes bajo las bendiciones de los religiosos y saber que al partir para largo viaje quedaban en aquel cenobio los santos monjes pidiendo á Dios por los caminantes?

La revolución arrojó de allí á los frailes, y si ha quedado la iglesia, es por gracia extraordinaria y á costa de gravísimos cargos, como los de guardar los cuerpos de célebres sectarios, y ver practicarse bajo sus bóvedas ceremonias masónicas.

Mientras el viajero devora en su memoria tan tristes recuerdos, el tren avanza y se encuentra á la vista de la antigua Complutum, de la celebrísima Alcalá, emporio un tiempo del saber, cuna de ilustres sabios, gloria imperecedera de la cultura nacional. No espere el



VERDAGUER.

viajero encontrarse en la estación á los antiguos maestros de la ciencia española; no verá allí aquellas falanges de estudiantes que unían á un espíritu alegre y emprendedor un caudal copiosísimo de ingenio y de saber profundo; ya no hay allí maestros, ni estudiantes, ni colegios, ni monasterios sapientísimos: todo ha desaparecido, y el viajero, si bien repara, verá un escuadrón de soldados aprendiendo el ejercicio militar donde antes los estudiantes aprendían letras, artes y filosofía; verá los colegios convertidos en cuarteles y la cuna de Cervantes rodeada de soldados, como si la civilización moderna hiciese temer aún mayor ultraje.

Si Alcalá hubiese conservado sus antiguas instituciones, si en vez de ser un cantón militar fuese lo que quiso que fuese el gran Cisneros, un ateneo científico, ¿no contribuiría el ferrocarril, que hoy pasa lamiendo sus muros, á promover el movimiento literario, trayendo y llevando sabios que comunicasen á sus colegios y á sus aulas la actividad intelectual de otros países y la autoridad al mismo tiempo de sus relaciones universales? No discutiré yo si Alcalá ha ganado ó ha perdido materialmente, pero es indiscutible que moralmente lo ha perdido todo, pues ha perdido el cetro que antes empuñaba de la ciencia española para trocarlo por el látigo del mariscal, por el sable del soldado, ó por dos ó tres regimientos de caballería.

El tren sigue su marcha, y no nos es posible detenernos. Ahí está Guadalajara, capital de la Alcarria, célebre en otro tiempo por sus fábricas de lanas y por su casa del Infantado, la más ilustre de España. Concluyeron sus fábricas, y la más memorable, que aún da nombre á una plaza, es hoy academia de ingenieros militares. Dando frente á uno de sus costados está el grandioso palacio del Infantado, convertido en hospicio de huérfanos de la guerra. La importancia industrial y la gravedad aristocrática de Guadalajara han sido absorbidas por el elemento militar, el cual ocupa también el celeberrimo convento de San Francisco, tan eminente por su posición topográfica como por su interés histórico. El pueblo, representado por las fábricas, la nobleza por el Infantado y la Religión por los conventos, han sufrido la misma suerte: el espíritu de nuestro siglo ha preferido tener soldados á ver enriquecerse el pueblo, brillar la nobleza y santificarlo todo la Religión.

Volvamos á Guadalajara sus antiguas instituciones en el estado actual de nuestro legítimo progreso. ¿Cuánto no se hubieran engrandecido sus fábricas, cuántos beneficios no hubiera podido hacer la opulenta casa de los Girones, cuánto no hubieran realzado estos progresos materiales los conventos, ocupados por sabios y santos religiosos? Nunca olvidaré la triste, tristísima impresión que me causó hace pocos años el ver, bajo la anchurosa nave gótica de S. Francisco, convertida en almacén de utensilios militares, el suntuoso panteón de los Infantados, rival del Escorialense, destrozado y profanado por haber servido de polvorín durante nuestras contiendas civiles. Rotas las marmóreas urnas cinerarias, dejaban ver todavía algunos huesos y retazos de mortaja de los opulentos duques, arrancados de allí por la mano de nuestro siglo, y el precioso altar mostraba junto al ara despedazada los trozos de jaspe de sus columnas caídas, desniveladas ó mal seguras: como si el huracán de la revolución acabase de pasar por allí para destrozarlo todo y aventar el polvo de los sepulcros y la memoria de los muertos. Hé aquí, decía yo, confundidas en igual suerte la Religión, la nobleza, el arte y el pueblo que allí tenían un puerto de salvación en sus necesidades y una escuela de caridad y de resignación en sus trabajos. Hoy se enseña de todas estas ruinas el genio de la guerra, que se afana en construir nuevas máquinas para destruir á los hombres.

Saludemos de lejos á Lupiana, cuna de la Orden de los Jerónimos; á Sopetrán, cuyo origen se remontaba á la época de Recaredo, y hoy es un montón de escombros; á Fontanar, cuya cartuja es ahora casa de labor; á Hita, memorable en la historia de las letras por haber pertenecido al marqués de Santillana y darle nombre al célebre Juan Ruiz su ilustre arcipreste, y que hoy es cerro de ruinas, sin importancia civil ni eclesiástica, desamparada de sus antiguos señores, y que por su forma cónica parece un túmulo dedicado á contener los restos de su antigua grandeza...

El tren sigue su marcha rápida como el pensamiento, y va dejando á un lado y á otro de la vía ruinas de ermitas, de antiguos templos, de insignes castillos que como monumentos históricos debieran conservarse. Ahí está el de Jadraque, que se alza sobre un cerro cónico, como una nave desarbolada y deshecha, erguida sobre la ola gigantesca que ha de sumergirla en los mares. Por la extensión de sus murallas, por la elevación de sus torreones, por su posición estratégica, por sus memorables recuerdos, de-

bió ser este castillo uno de los más grandiosos de la Alcarria. Aún repiten los campesinos el nombre del Cid, más ó menos desfigurado, que como recuerdo sin duda de la Conquista, da nombre á un campo inmediato á la derruida fortaleza. La tradición popular subsiste mientras que el monumento de piedra yace por el suelo, lo cual prueba que es más fácil sembrar un país de ruinas, que arrancar del corazón de los pueblos el amor á sus tradiciones venerandas.

Por entre valles estrechos y colinas que anuncian la proximidad de la sierra, el tren llega á dar vista á Sigüenza, ciudad antiquísima, sobre cuyas severas casas se alza grave é imponente su magnífica catedral, á un mismo tiempo iglesia y fortaleza, como símbolo vivo y permanente de la Reconquista española, en que se aliaron los sentimientos religiosos y guerreros de nuestro pueblo para salvar á Europa de la invasión de los infieles sarracenos. Por fortuna, Sigüenza es un pueblo sin ruinas y sin profanaciones, gracias al celo de su ilustre Prelado el Cardenal Benavides. Reedificado el convento de San Francisco, se destinó á monasterio de Ursulinas, y reedificado también el convento de Jerónimos se habilitó para Seminario eclesiástico, y en la actualidad, por la fecunda iniciativa del Obispo Sr. Salazar, en Casa-misión de Paules y Seminario-Instituto de filosofía y humanidades.

Debe Sigüenza su existencia, su larga y memorable historia y sus insignes monumentos á los Obispos, y como si la Providencia quisiera ofrecernos un ejemplo de lo fecundo que es en todo tiempo esta santa influencia, también los Obispos, aun después de haber perdido el antiguo señorío y de haber sido arrollados por la invasión revolucionaria, aún dispensan á la ciudad episcopal el beneficio de restaurar sus ruinas y hacer reverdecir los laureles de sus antiguas instituciones.

Si en vez de dominar en Sigüenza la autoridad de sus Obispos, hubiere dominado en lo que va de siglo la tiranía de las potestades revolucionarias, ¿podría gloriarse de ser una ciudad sin profanaciones y sin ruinas? Esto no ha impedido que Sigüenza haya ganado mucho, más aún que Guadalajara y más que Alcalá, en mejoras materiales, pues de un pueblo aislado en medio de áridos montes, que antes era, se ha convertido en una población animada y bulliciosa, con una audiencia, tres carreteras de mucho movimiento, el ferrocarril que pasa casi por sus calles, fábricas que antes no tenía, numerosos y bien surtidos comercios y nuevas casas y edificios que embellecen sus calles y proporcionan legítimas comodidades á su multiplicado vecindario.

Saludemos con simpatía y reconocimiento á esta ciudad que tan hermoso ejemplo nos ofrece de la armonía que cabe entre el patrimonio de nuestros padres y las conquistas de otros tiempos, y sigamos remontando el curso del Henares, para atravesar la Sierra Ministra que separa por este lado á Castilla la Nueva de la Vieja, cuyo territorio se prolonga por entre los límites de la Nueva y de Aragón, cual mano pacificadora extendida entre dos rivales para evitar sus relaciones peligrosas, y sus asechanzas y hostilidades. Al descender de la sierra, abandonado ya el curso del Henares y siguiendo el del Jalón, que corre en dirección opuesta, saludamos de lejos á Medinaceli, villa antigua, situada como nido de águilas en la cúspide de un cerro, la cual disfrutó en otros tiempos de una colegiata espléndidamente dotada, que ofrecía singulares timbres de nobleza religiosa al pueblo, honrado á la vez con los blasones de los duques de su nombre, que la colmaron de beneficios. Al pie de la montaña, como guardia de honor á la entrada de la villa, alzábase un convento de Franciscanos, lazo de unión entre los señores de la comarca y sus pueblos, ejemplo de humildad para los duques y de resignación para sus vasallos, freno de los poderosos y aliento de los débiles, claustro de la Religión, asilo de la sociedad, baluarte inexpugnable contra las tribulaciones de los tiempos y camino seguro para los gozes de la eternidad. Ni la colegiata, ni el convento, ni... la protección y presencia de los duques favorecen ya á Medinaceli, desamparada y ruinosa, sin otra importancia que el prestigio de su nombre, eco funeral de un pueblo muerto á manos del siglo presente. Descanse en paz la ilustre villa á la que el progreso moderno ha dotado de una estación de ferrocarril para hacer más notoria su decadencia y su ruina, y para que los hijos del siglo XIX ultrajen con su desprecio y su compasión desdeñosa los muros y arcos de su antiguo esplendor, de su desvanecida grandeza.

¿Qué ruinas son estas tan amplias y suntuosas, tan sublimes y venerables que se descubren á la derecha de la vía, quince minutos después de la antigua Arcobriga? Un muro interrumpido de trecho en trecho por cubos, á modo de baluarte marcial, ciñe el ancho espacio en que se hunde y pulveriza el insignie monasterio de Santa María de Huerta, monu-

mento artístico de primer orden, gloria de la familia cisterciense, plantel de muchos sabios monjes, y sepulcro venerable del primer historiador de España, D. Rodrigo Ximénez de Rada. El viajero atento y observador, sólo puede ver al rápido volar del tren el conjunto de los edificios del monasterio, la bizantina portada de la iglesia, y el tapiado rosetón de su fachada; la torre silenciosa y desmoronada, poblada hoy de palomas y golondrinas; las ventanas góticas de su refectorio, el más grandioso de los monasterios de Europa; los restos de las derruidas celdas, devoradas por la codicia de los incautadores y por los estragos de un incendio; y en derredor de este despedazado monasterio, las huertas con sus frondosos árboles y las calles de olmos desgajados por el peso de los años y por su mismo desamparo, que cobijan con su amorosa sombra aquellas ruinas venerables, bajo cuyo polvo palpita el corazón de los siglos cristianos.

El tren pasa silbando por el borde de aquel inmenso sepulcro, indiferente á sus grandes recuerdos. Detengámonos un momento á revolver sus cenizas y á considerar los estragos de la revolución en este monumento de la Religión y del arte, verdadero tesoro de la fe enriquecida por la mano del genio.

Por hoy nada más. Suyo afmo. amigo

NULEMA.

CRÓNICA



El sol con sus rayos de fuego parecía haber enervado á los mortales. Los hijos de la industria y del comercio mantenían sus fábricas en esa aparente actividad que cubre las realidades del ocio; los de Marte descansaban en las orillas del Atlántico soñando nuevas aventuras; la política dormía tranquila, cerrado el Parlamento y cerrados también los centros en que impera como dueña y señora.

Como en noche tranquila y serena sorprende á veces á los mortales el fragor del trueno, así ha sorprendido á las Autoridades militares de esta infortunada nación el estruendo de los pronunciamientos de Badajoz, Santo Domingo de la Calzada y la Seo de Urgel. Los hijos de Marte han interrumpido su descanso, y la política, sacudiendo su pesado sueño, ha vuelto á presentarse como soberana en medio de la sociedad.

La Providencia, por males de nuestros pecados, ha condenado á la patria á perpetuas é interminables discordias. Todavía repite el eco los horribles estruendos de las últimas guerras civiles, y ya sangre de hermanos ensangrienta de nuevo el suelo patrio.

En vano sería que nuevos Nestores profririeran palabras de paz, si no habían de escucharlos los nuevos Agamenones é hijos de Peleo. Se dice y repite á todas horas que el mundo vive en pleno reinado de la razón, y si se exceptúa aquella época, magistralmente descrita por Suetonio, en que los pretorianos levantaban y derribaban emperadores, como la multitud escéptica levantaba y derribaba estatuas de los dioses, no es fácil señalar otra en que el poder esté más á merced de los osados y violentos que la presente.

Se quiso sacudir lo que llaman tiranía del antiguo régimen, y se ha venido á caer en una verdadera y brutal tiranía, que ni siquiera es la loca é inverosímil tiranía de las muchedumbres, sino la de media docena de conjurados, casi siempre sin Dios y sin conciencia, y siempre seguramente sin disciplina.

Han creído algunos ilusos que la lepra de los pronunciamientos había terminado porque el mal no aparecía en la superficie. ¡Insigne torpeza! El espíritu moderno, que ha despertado todas las ambiciones, que las aviva todos los días con el espectáculo del premio que reciben los más audaces, que ha dividido la sociedad en partidos, y aún mejor que en partidos en castas, ha echado muy hondos raíces para que no dé los naturales frutos *in tempore suo*.

¿Y qué mejor época podía desear que la presente, cuando los encargados de velar por el mantenimiento del orden público descansaban tranquilamente de sus fatigas parlamentarias, ni más ni menos que los superiores jefes militares? ¿Por ventura la atmósfera que se respira no es la más á propósito para semejantes descargas eléctricas? ¿Acaso no estaba sólo en apariencia serena y tranquila la noche en que vivimos?

..

No se crea que sólo en España se preparan y llevan á cabo pronunciamientos, palabra que ha pasado ya á todos los idiomas que en vano buscan en sus recursos propios sonidos articulados con que

expresar el género de insurrección que con ella se designa. Los romanos del imperio, que debieran haberla inventado, no lo hicieron, sin duda para ver de ocultar de este modo á las generaciones futuras una de las mayores afrentas de su patria.

Mientras los emisarios del Sr. Ruiz Zorrilla iban y venían de Madrid á París y de París á Madrid, llevando y trayendo órdenes á los conjurados, y repartiéndoles las cuantiosas sumas que, según se ha dicho, han facilitado para esta empresa los republicanos franceses, las juntas directivas del movimiento nihilista de Rusia se reunían en sus secretos antros, llamaban á su presencia á los iniciados que forman en las filas superiores del ejército, concertaban un terrible plan de pronunciamiento y tomaban las medidas necesarias para lograr su realización.

Era preciso seducir en primer término á los jefes y oficiales de la guarnición de San Petersburgo que no pertenecen á las sectas, y se han reunido cuantiosas sumas de dineros para lograrlo. Los sectarios ricos han dado sus bienes, á fin de así obligar aún más á los pobres á dar sus vidas. Aquellas clases directoras, que tienen por catecismo el *Contrato* de Rousseau, y por Biblia las publicaciones anticristianas de la escuela de Tubinga, sólo creen en la revolución, en el aniquilamiento del orden de cosas existentes.

No pocos de ellos ni aun en la revolución creen. La sirven porque esperan que sabrá premiarles sus servicios. Están dispuestos á hacerla traición si el Gobierno del Czar les adelanta la paga.

Alguno de estos Judas de la revolución debe de haber revelado por treinta dineros al Gobierno los planes de las juntas nihilistas y los trabajos ya realizados para reducirlos á la práctica. Lo cierto es, que sin ruidos de ninguna clase ni aparatos de fuerza, las Autoridades se han apoderado en una noche de los jefes y oficiales conjurados, los han encerrado en seguras fortalezas, han preso casi al mismo tiempo á varios individuos de las juntas revolucionarias, y han declarado al nacer el nuevo día que el orden está asegurado en San Petersburgo.

¡Triste ceguera la del Gobierno ruso! ¡Permite que en las Universidades del Estado se dé á la juventud la enseñanza de las doctrinas de la extrema izquierda hegeliana, hoy de moda en aquel imperio, y se sorprende luego de que el nihilismo reclute en las clases directoras del imperio sus partidarios más inteligentes y decididos!

Sólo la ceguera de los poderes públicos explica esta conducta, como sólo la pasión explica que Agamenon, olvidando lo que esperaba del soberano esfuerzo de Aquiles, le obligara con su conducta á encerrarse en un retraimiento que tan caro había de costar á los griegos.

Algunos diarios de París han hablado de trastornos ocurridos ó próximos á ocurrir en Italia, promovidos naturalmente por los elementos republicanos de aquella península. Hasta ahora estos anuncios no se han confirmado, pero no es difícil prever que se confirmarán más ó menos pronto.

No siempre puede predecir el momento preciso en que estallará la tempestad, el atento observador que ve reunirse en los espacios los elementos que la producen, los elementos que la hacen inevitable.

¡Y qué elementos se reúnen en el horizonte de Italia! Una prensa impía, más enemiga todavía del Rey Humberto que del Papa, con vomitar contra éste horribles blasfemias, habla por cien órganos á la vez al pobre pueblo de la necesidad de buscar alivio á su miseria, imitando á aquellos antiguos romanos que despidieron á sus reyes y se constituyeron en aquella república que fué soberana del mundo entonces conocido.

En unas regiones propaga esta prensa las doctrinas del más grosero comunismo; en otras habla de la anarquía como aspiración suprema de gobierno; en otras se contenta con una República unitaria como la francesa, y en algunas hace oír la palabra federalismo.

Va al mismo fin por distintos caminos, como las divisiones de un ejército que se propone asaltar una plaza fuerte. Verdad, sin embargo, que no es muy fuerte que se diga la fortaleza real que se proponen abatir los republicanos, socialistas, comunistas y anarquistas italianos. ¡Como que está fundada sobre principios esencialmente revolucionarios!

Ni aun el instinto de conservación, tan poderoso en todos los seres, logra sacar al Gobierno de Humberto de Saboya de la especie de letargo político en que vive. Nada dice ni hace por contrarestar la propaganda de las ideas republicanas y anárquicas. Así ha podido acusar públicamente al Sr. Depretis la prensa reaccionaria de ser el primer cómplice de

los radicales, que aspiran á derrocar el orden de cosas existente.

Por supuesto, que la enseñanza oficial es en Italia poco más ó menos lo que en Rusia. Abundan los libre-pensadores en las Universidades del Norte, los hegelianos en Nápoles y los racionalistas en todas partes.

No podrá admirar á nadie, en consecuencia, que cuando más tranquila y serena se muestre en la apariencia la noche en que vive Italia, alumbre de pronto los espacios un rayo y sorprenda el trueno á los negligentes durmiendo el sueño del descuido.

En ciertas sorpresas lo que más admira es que sorprendan.

No se crea que España, Rusia ó Italia son suelos privilegiados de la revolución. Desgraciadamente lo que sucede en dichos estados sucede también en todas las naciones de este antiguo continente.

No se hable de Francia, entregada á los horrores de un ministerio de jacobinos, que acaba de desorganizar la magistratura en lo que todavía tenía de organizada y de protectora de las gentes honradas. Con el pretexto de que había jueces reaccionarios ha suspendido el ministerio la inamovilidad judicial y ha dejado cesante en un día á todo magistrado que no es conocido por su filiación republicana.

A pesar de ser tan radical M. Ferry, llaman á la puerta del poder para penetrar en él y derribarle otros más radicales todavía, que en estos últimos tiempos han adelantado no poco camino. M. Clemenceau, con sus teorías socialistas, es indudablemente el presidente del Consejo de Ministros de lo porvenir en Francia.

Como se ve, la Commune quedará en breve legalmente establecida en la vecina República, sin los horrores de sangre de 1881.

Y Bélgica sigue el camino de Francia. El radicalismo belga que hasta ahora se había contentado con la categoría de fracción del partido liberal, aspira á separarse de dicho partido, á organizarse para la próxima contienda electoral, y ha dado un manifiesto á la nación, en el que con alguna hipocresía habla de la separación de la Iglesia y el Estado como uno de los principios de su bandera.

M. Frere-Orbán debe estar satisfecho. Su política ha servido para dar vigor y fuerza á un partido que más ó menos tarde ha de dar grandes disgustos á la patria belga.

En Portugal la prensa progresista y la republicana hablan del monarca constitucional de aquel reino con un desenfado no visto nunca en España, sino es en el período de la revolución de Setiembre. Le llaman «el Sr. D. Luis» cuando mejor le llaman, y dicen de él todo lo que les acomoda, y de su familia ni más ni menos.

El socialismo en Suiza, en Alemania, en Austria, auxiliado en todas partes por los partidos liberales y progresistas, es para aquellas naciones lo que los partidos radicales son para el resto de Europa.

Los gobiernos se han separado de Cristo, y Cristo les ha entregado á su desgraciada suerte, á la suerte que se han preparado con su desatentada conducta. Si no vuelven los ojos á la Iglesia, ¿quién puede predecir todo lo que sucederá?

D. ISERN.

¡QUÉ CALOR!



Os veces he mojado la pluma en el tintero, me he puesto en actitud de escribir, he trazado algunas palabras sobre la primera cuartilla... Dos veces he tachado lo escrito, he soltado la pluma y he tomado el abanico.

Pordiosero de la literatura, acuño á todas las puertas de la imaginación, implorando *una idea por amor de Dios!* y nadie me contesta.

Vuelvo á dejar la pluma, vuelvo á tomar el abanico, y me temo que en esta faena me sorprenda la mañana, sin haber podido escribir seis líneas.

No se me ocurre hablar de otra cosa que del calor, asunto tan nuevo y original como todas las producciones de la naturaleza y como las dos terceras partes de las producciones de nuestros ingenios.

¿Dónde encontraría yo una idea fresca, en medio de este Sahara abrasador, que sólo ofrece ante mis ojos una superficie de vidriosa arena?

Echase á buscar asuntos frescos á la temperatura de 33 grados que marca el termómetro colocado en mi despacho, es ya, si bien se considera, tarea fresca, porque después de bregar una ó dos horas sin dar con el asunto, no podré menos de arrojar otra vez la pluma, limpiarme el sudor y exclamar, empuñando el abanico: «estoy fresco.»

Voy pasando revista á todos los hechos, cuestiones, sitios, recuerdos, acontecimientos, problemas, fechas y fajas que tengan alguna relación con el fresco, y ninguno me sirve.

Hechos frescos son los pronunciamientos militares á que hemos asistido hace pocos días. Pero sólo son frescos por lo recientes; que en cuanto al calórico latente que contienen, habría que graduarlo con el pirómetro.

Por otra parte, un pronunciamiento más ó menos, para quien, como yo, ha presenciado tantos en su larga vida, no ofrece novedad de ninguna especie.

Un pronunciamiento en España viene á ser lo que el *vaudeville* en Francia, lo que el carbón de piedra en Inglaterra, lo que la cerveza en Alemania, lo que el bacalao en Noruega, lo que el linchamiento en los Estados Unidos, lo que el cólera-morbo en el delta del Ganges.

Es un producto exclusivamente nuestro, un invento nacional, del cual nos han dado patente y privilegio todos los países del mundo. La voz *pronunciamiento* es ya cosmopolita, y figura en todos los diccionarios europeos. ¡Qué honra para nosotros!

Hay escritores franceses muy celebrados, que al hablar de las cosas de España, realizando, sin saberlo, un verdadero pronunciamiento contra el sentido común, desconocen nuestra historia, nuestras costumbres, nuestros héroes, nuestras epopeyas, nuestros sabios, nuestros artistas; pero todos, hasta el último *reporter* (como ahora se *pronuncia* en castellano) del último periódico de la última ciudad del último departamento de Francia, sabe *par cœur* lo que es una corrida de toros y un pronunciamiento en España.

No quiero, pues, hablar más de un asunto que debemos anatematizar cuantos estimamos en algo el buen nombre y el porvenir de nuestra patria.

Además, es materia esta que se acomoda mal á mis inclinaciones literarias, que no debe tratarse en broma y que no se aviene tampoco á mi propósito de escoger asunto fresco. Si algo de común tiene este con el hielo, es el ser *resbaladizo*.

Busquemos otro tema.

Los baños... la horchata de chufas... el hielo artificial... los ventisqueros de Suiza... el polo Norte...

No me sirven, no me suministran un pensamiento agradable, no me dan ni siquiera pretexto para embadurnar una docena de cuartillas.

Vuelta á dejar la pluma, vuelta á enderezarme en mi sillón, vuelta á tomar el abanico...

¡El abanico! Este sí que es asunto fresco, ó por lo menos que produce fresco, ya que no produzca asunto.

¿Y por qué no ha de producir asunto este artefacto consolador, este mueble utilísimo, este refrigerante, sin el cual se harían insostenibles las horas del centro del día en la canícula?

El abanico, cerrado en tiempo de frío y abierto en tiempo de calor, nos recuerda el templo de Jano, que permanecía cerrado en tiempo de paz y sólo se abría en tiempo de guerra...

A propósito de este Jano y de aquel abanico, se me ocurre una idea altamente trivial, pero eminentemente fresca, y no estoy en el caso de desperdiciarla, á saber: ¿por qué no hemos de tener en España, ya que no pudiera ser un templo, como la ciudad de Rómulo, al menos una ermita consagrada al bifronte dios del paganismo?

Lo digo porque si ese templo existiera, sería un sitio fresco en el estío, y como estaría constantemente abierto, allá iríamos á solazarnos los españoles que no veraneamos.

Volviendo al abanico (mientras doy con ese pícaro asunto, que no acaba de llegar) he de decir que el mío no se parece, en sus dimensiones, á esa máquina colosal de fabricar aire que hoy usan las señoras, y cuyo manejo requiere un largo aprendizaje y un curso de gimnástica.

No hace muchos días encontré, en una casa que visito, á una dama, antigua amiga mía, ya entrada en años, de cuerpo diminuto y exigua estatura. La conversación versaba sobre el asunto del día, el calor, y la señora de quien hablo era la que más se quejaba de sus efectos.

—Yo, decía, siento mucho más el calor este año que los anteriores, porque antiguamente tenía una el recurso del abanico.

—¿Y por qué no le usa usted este año? la pregunté.

—Sí señor que le uso; pero es el caso que no me sirve sino de adorno... Vea usted...

Y cual si desenvainara un mandoble, mostró á los concurrentes una especie de bastón grueso, sobre el que había tenido apoyada su mano derecha y que yo me había figurado era una sombrilla.

Con efecto, pude apreciar prácticamente que aquel producto de la moda extravagante no sirve para cumplir los fines á que fué destinado por su inventor;

El abanico no sirve para *hacerse aire*, sino cuando se encuentra en pie la persona que lo maneja.

Es un abanico que solo tendría aplicación para los peripatéticos, aquella raza de filósofos que explicaban y discutían paseando.

Una mujer sentada, aunque busque los más ingeniosos ardides para refrescarse el rostro con un abanico de moda, no consigue sino agitar la llama de las bujías que arden en la araña del salón.

La moda, y sobre todo la moda femenina, tiene una lógica aplastadora.

Impone a la mujer el uso de un mecanismo pesado, feo, inmanejable, en la estación en que es más fatigoso el ejercicio del brazo y de la mano.

La obliga a encerrar esa mano y ese brazo hasta el codo en una funda impermeable que se llama guante (como la bota de montar podría llamarse zapato), precisamente cuando todo el mundo busca el medio de facilitar la circulación del aire que refresque la piel.

La sepulta la cabeza y la abriga la frente y las mejillas en un sombrero monumental, que concentra en el rostro, como en el foco de un espejo ustorio, los rayos de la luz solar.

La envuelve el cuerpo en un centenar de metros de tela formando ondas, pabellones, cascadas, cirras y remolinos.

Y la exige, por último, que ese traje vaya tan ajustado al molde como mi peluca a la calva.

¿Qué tiene, pues, de extraño que la mujer de nuestros días sienta los efectos del calor con más intensidad que la mujer de otros tiempos?...

Pero advierto, por el número de cuartillas que voy apartando, que mi abanico no se porta del todo mal, puesto que, de digresión en digresión, me ha dado pie para casi llenar el espacio que en las columnas de esta revista me ha sido señalado.

¡Qué lástima! Ahora empieza a levantarse un airecillo fresco que consuela.

Ahora principio a sentir que se me despeja la cabeza, que se aclaran algún tanto mis ideas, que vislumbro a modo de una ráfaga de luz en las tinieblas de mi enervado cerebro.

Ahora me figuro que podría escribir un verdadero artículo...

¡Eso es! ahora que ya es tarde para empezar de nuevo... Nada, nada; dejémoslo para otro día, y pelillos a la mar.

BLAS.

LA MUJER DE NAVARRA

(Conclusión.)

CONSISTE, principalmente, en su educación religiosa, que las hace, según puede inferirse de lo expuesto, muy semejantes a la *mujer fuerte* de la Sagrada Escritura. Añadiremos, como dato que corrobora este aserto, que ninguna provincia de España suministra, en proporción a sus habitantes, mayor número de jóvenes para Hermanas de la Caridad: de ninguna otra quizá salen tantas Superiores de tan sublime instituto.

La legislación civil, que da a los padres libertad completa de testar, hace también que tengan éstos en Navarra más autoridad, mayor influjo sobre los hijos, que en las provincias sujetas al derecho castellano. De aquí la mayor sumisión y docilidad de los hijos.

No hay que olvidar tampoco que la propiedad en Navarra no está tan aglomerada como en Andalucía y otras provincias de la Reconquista. Las fortunas, por lo regular, son modestas, las dotes escasas, y hay verdadera necesidad, por consiguiente, de tener en cuenta lo que cada cónyuge ha de aportar al matrimonio, si no han de descender los hijos de categoría, cosa muy mal vista y en lo posible evitada por las familias. Dada, pues, esta necesidad, parece hasta decoroso y delicado, sobre todo cuando de las hijas se trata, que los padres tomen por su cuenta el arreglo de la boda.

Si los novios se conocen, y se han tratado, y se avienen al matrimonio, entonces el negocio es muy sencillo: se les deja un tiempo corto, lo más corto posible, para el galanteo; tiempo que generalmente invierte la novia en preparativos de galas y ropa blanca, que es el mayor lujo de las navarras; y se casan, y se aman toda la vida, y *laus Deo. Laus Deo* podemos repetir de todas veras, pues generalmente la infidelidad conyugal es mucho menos frecuente en Navarra que en otros países. También son raros los celos. Tanto la mujer como el marido necesitan ser muy aplicados, si han de conservar el lustre de la casa, y ni uno ni otro tienen tiempo de ser infieles ni celosos. La ociosidad es madre de todos los vaneos.

En este deseo de la conservación de la casa, entra por mucho la legislación civil, que tiende a robustecer el tronco de la familia, a expensas quizá de las ramas. Los padres se proponen, por lo regular, dejar heredero del solar y de la hacienda que procede de la familia, a uno de los hijos. Pues bien; para no perjudicar a los demás, necesitan aumentar el capital, ó dar carrera eclesiástica, militar ó civil a unos, preparar dotes a otros, milagros que no pueden hacerse sino a fuerza de orden, de economía y trabajo. Este matrimonio tiene que vivir estrechamente unido, no puede desperdiciar el tiempo, ni descarriarse y perderse en imaginación y locuras.

Enlaces de personas que se conocen de toda la vida, y que mutuamente se estiman, suelen ser los más frecuentes. Pero muchas veces se trata de la unión de jóvenes que nunca se han visto, ó que no recuerdan al menos haberse conocido jamás, en cuyo caso hay que procurar este conocimiento, hay que salir a *vistas*. La boda está ya acordada *en principio*, y aun arreglada, si se quiere, entre los padres de los presuntos esposos. Los cabezas de entrambas familias no sólo saben, antes de que los novios se conozcan, lo que cada uno de ellos ha de llevar al matrimonio, sino algunas veces los testamentos que han de preceder a la boda, pues en el trato se acuerda quizá nombrar herederos a los futuros cónyuges. No falta más que el consentimiento de éstos, requisito que no nos parece para olvidado. Sobre ello han hablado ya los padres a sus respectivos hijos, los cuales también aceptan *en principio*, ó por lo menos tampoco se oponen. Convergamos en que es mucho aceptar y mucho no oponerse, siquiera sea en tesis general, en principio, en fin ó postre. Porque esos que admiten por de pronto, ó no rechazan la proposición; esos que dentro de poco van a unirse para toda la vida, a ser uno en dos, ó dos en uno, no se conocen hasta ahora, no saben si son feos ó bonitos, blancos ó negros, altos ó bajos, tuerfos ó derechos.

Mas para este consentimiento previo, para esta premisa aceptación, nunca faltan antecedentes que ilustran algún tanto la cuestión, y sirven como de preliminares en la materia. Paréceme a mí que la novia debe saber al dedillo cuántos años tiene, sobre todo, si pasa de los veinte. Es de suponer que tampoco ignore que hasta la presente nadie le ha dicho: «Buenos ojos tienes», ó cosas por el estilo, de esas que atañen y son más de lo que parece pertinente al proyecto matrimonial. Presúmese también que la novia en cuestión no ha de tener vocación de monja, y que en sus vigiliatías ó lucubraciones no se le ha presentado la imagen de un mozo de la aldea y sus contornos, que pueda decorosamente pretenderla.

Todo esto junto, con tal cual noticia de la honradez del chico, de su buen juicio y aplicación, de lo rancio de su familia y lo bien provisto de sus graneros, de la hermosura de sus mulas y la esperanza de sus majuelos, forma un prólogo congruente de tan magna obra, una sinfonía de esa ópera verdaderamente seria.

Algunas veces, el ir á vistas se reduce á mera ceremonia. Los novios se conocen, y quizá se tratan, y se han visto y aun mirado más de lo regular. Pero como viven en distintos pueblos, hay que llenar esta formalidad del ritual. En casos tales, el día de las vistas es uno de esos que forman época en la vida de los jóvenes, un preludio del festín de boda. Los novios, de acuerdo con los padres, se dan cita a una población de importancia, á un santuario, á una romería, donde, como por casualidad, concurren las dos familias y van á parar á una misma posada. Como por casualidad también, comen todos juntos, y juntos salen á compras, van á los toros, al baile y al café; y sin empacho, por último, juntos acuerdan el día de la boda.

Pero cuando las cosas no están tan adelantadas, cuando la entrevista de los presuntos cónyuges es un verdadero anteproyecto, primera y decisiva memoria para optar al premio ofrecido, yo no sé, no me puedo figurar, no acierto á imaginar siquiera, qué es lo que pasa por el corazón y por la imaginación de aquella pobre chica, á un tiempo electora y elegida, ó más bien votante y candidata, juez y parte. Por muy serena que sea — y las navarras no se aturden fácilmente — por mucha confianza que le merezcan sus padres, por grandes que sean su cariño y su respeto, debe hallarse aquel día como atontada, al ver por primera vez á un hombre que la mira también por vez primera, para decidirse, después de algunas horas, á ser ó no ser eternamente suya, olvidando por el padre y madre, dejando acaso por él la casa en que ha nacido, en que ha pasado toda su niñez y lo más florido de su juventud, y hasta el pueblo en que se ha criado, y sus compañeras, y sus conocidas, y sus amigas.

¡Terrible situación, misterio incomprensible para nosotros, el de aquellas horas verdaderamente críticas en la vida de esa joven! Tranquileémonos, sin

embargo: observemos bien su fisonomía: al ir á vistas, brilla su semblante con una esperanza que antes no tenía; al volver, nótase en ella un orgullo, ó de satisfacción ó de despecho. Ha elegido ó ha desdichado: dos grandes motivos de soberbia para toda joven. Pongámonos en lo peor: ha sido desdichada. Nadie puede figurarse hasta dónde llegará en semejante caso el despecho de la mujer navarra.

Hay en este país algún otro motivo más para que los matrimonios sean felices. El consorte que sobrevive, sea varón ó hembra, disfruta de *la buena*, esto es, goza del usufructo de la hacienda que llevó el difunto consorte al matrimonio. De esta disposición legal nace el interés mutuo de ambos cónyuges por la casa, su aplicación al fomento y prosperidad de unos bienes que han de servir para la viudez. Los casados en Navarra pueden considerar todos los bienes del matrimonio como propios, pues realmente de todos ellos ha de disfrutar el superviviente mientras no vuelva á casarse.

Esta ley ha dado realce á una clase muy respetable en todas partes; pero más que en ninguna, en Navarra: la de las viudas. La viuda que goza de una *buena*, con la cual puede mantenerse decorosamente, tiene verdadero interés en no contraer segunda nupcias, para no perder el usufructo de la hacienda del primer marido. La viuda que en Castilla apenas es más que una mujer á quien le falta su esposo, privada, hasta poco tiempo há, de la patria potestad, en Navarra es cabeza de familia, con iguales facultades que el padre: la viudez, por consiguiente, constituye para la mujer un estado que le da nueva y legítima respetabilidad, y acrecienta la autoridad de la madre. Así es que las viudas no suelen volver á casarse, sobre todo entre familias que viven con cierto bienestar. En ello gana la mujer, y ganan principalmente los hijos.

Las precedentes observaciones recaen sobre las clases que podemos llamar bien acomodadas. La mujer del pueblo, como antes hemos indicado, merece párrafo aparte.

Las clases pobres, compuestas generalmente de jornaleros, que se sostienen casi exclusivamente con el producto de su trabajo corporal, son, en la ribera del Ebro, las más felices y las más dignas de lástima al propio tiempo. Dichosas, mientras su pensamiento se encierra en el día de hoy; y desdichadas, cuando su imaginación las obliga á pensar en el de mañana.

Los hombres, fornidos y robustos, de musculatura hercúlea y de carácter duro, aunque en el fondo bondadoso, se comen cuasi todo lo que ganan, y su alimento en pocas partes será mejor. El pan es blanco y de sustancia, el vino fuerte y abundante, y ambos artículos forman la base principal de sus comidas: el pimiento y la carne constituyen el resto. Sólo cuando el jornal es corto ó falta por completo, que suele suceder raras veces, llevan al campo patatas y legumbres. Con tales alimentos y tal género de vida, los mozos sobrellevan alegres el trabajo, por duro y penoso que sea. Tras un día de cava ó de arado en tierra arcillosa ó de mucha miga, viene una noche de ronda, de guitarra y galanteo.

Estas costumbres en mozos de condición ardierte y belicosa, para quienes la mayor injuria es la nota de *falsos*, ó sea de cobardes, da lugar á riñas, de las que frecuentemente resultan heridas ó muertes. Si alguna cosa puede darnos hoy idea de las escenas, ya casi inverosímiles, de nuestro antiguo teatro, es la manera de ser de los mozos de manta de la ribera de Navarra. Con la misma facilidad con que aquellos caballeros desnudaban la espada, sacan éstos á relucir la navaja, que puede competir con el hidalgo acero en dimensiones. Las mozas de cántaro que se asoman á la ventana, ó entreabren á hurtadillas la puerta de la calle, hacen el papel de las tapadas, y las relaciones, silogismos y discreteos calderonianos, sin variar de metro, se han convertido en cantares. Porque es de advertir que en pocos pueblos hay mayor facilidad que en el de Navarra para la poesía de romance y redondillas. Como un suceso, ya sea político ó de amores, histórico ó puramente subjetivo, llegue á herir la imaginación popular, bien seguros podemos estar de que ha de ser puesto en copla, y cantado al punto por mozas y casadas, criadas y niñeras.

Lo hemos observado mil veces: al poco tiempo de haberse recibido una noticia que, por su índole y circunstancias especiales, cunde pronto y trasciende á los *trasmochos*, á la plaza, á la fuente, al río, vuelve á nuestros oídos puesta en canción. El romance es también el proyectil ó dardo que recíprocamente se disparan la rivalidad, los celos, las pasiones políticas, de fregadero á fregadero en las cocinas, de piedra á piedra en el lavadero.

La mujer del pueblo se casa por amor; su hacienda tiene poco que arreglar. La moza que lleva una cama completa y un baúl repleto al matrimonio, ya tiene ínfulas de rica. Se casa después de meses y

aun años de amoríos. Pero se casa, y todo ha concluido para ella, excepto el padecer y sufrir. El hombre sigue trabajando como un negro, pero comiéndose, y sobre todo bebiéndose, cuanto gana; y la mujer que de moza ha procurado hacerse alguna ropa, estrenar algo por Pascuas y *ponerse maja* los domingos, ha concluido ya de lucirse y estrenar, y tiene que resignarse á remendar sus antiguas galas, y discurrir y trabajar cuanto pueda para sí y para sus hijos. ¡Triste suerte la suya! Aunque se casa joven, fresca como una lechuga y limpia como la plata, al año de matrimonio, ya parece sucia, vieja y estropeada.

El marido también se acaba presto. Aquella robustez, aquellos bríos para el trabajo, sostenidos por el picante y el vino cargado de color y de alcohol, duran poco tiempo. A los cuarenta años, el que sólo vive de la azada es ya viejo, y si no muda de régimen, bajará luego al sepulcro, no sin haber pasado por el hospital, á pesar del horror que siempre le ha tenido. Pero la mujer es su ángel tutelar. El marido que la atiende y sigue sus consejos, prolongará sus días. Ella le atrae al hogar, le cercena las horas de la taberna, le hace saborear el puchero de casa, vivir con *gobierno* y llegar á edad avanzada.

Parece imposible que debajo de la ruda corteza de la mujer del pueblo, de compleción recia, desahrida, altanera, capaz de encajar una fresca al lucero del alba; de esa mujer á quien hemos visto después de casada llena de remiendos, pálida y desgredada, recobre tal influencia sobre su indómito marido. Y es que en el alma de esa hija del pueblo hay no sé qué energía, grandeza y perseverancia, no sé qué vigor, no sé qué hermosas cualidades, que si se replegan al principio sobre sí mismas, por no estreñarse en el alma indomable y fuerte del marido en plena juventud, luego que este declina, reaparecen y tornan á la lucha, hasta que triunfa con ellas la mujer navarra.

De estos dos grandes tipos, de estos dos singulares caracteres, con defectos enormes y cualidades no menos notables, se compone un pueblo, á quien hay que juzgar sin pasión y contemplar con algún respeto.

Lo que en la ribera son músicas y rondas, trabucos y navajadas, en la montaña son leyendas contadas en las veladas del hogar. Los que viven en Madrid y en pueblos meridionales, no suelen tener idea de lo que es el hogar en una casa de los Pirineos. El hogar es toda la cocina, embalsada de grandes piedras de granito. La chimenea todo el techo que, en forma de embudo y sin aleros, se apoya en las cuatro paredes del aposento, y deja escapar el humo por el tubo circular del centro. Debajo de él arden troncos enteros de robles y carrascos: gavillas de ramaje, á las cuales las cabras han despojado de la hojarasca, entretienen la llama que sube á la chimenea con los giros y proporciones de una hoguera.

Alrededor de la lumbre, y apoyados en las cuatro paredes de la cocina, grandes bancos de nogal, que yacen inmóviles siglos enteros, dan asiento á los hombres que vienen del campo transidos y empapados de agua ó nieve; y en torno de un candelabro de madera, tamaño como el hachero de una catedral, y en donde arden oblicuamente las teas, siéntanse en bajas trípodes las mujeres, cuyas trenzas recuerdan las de las antiguas vasconas, con sendas ruecas de lana que hilan á porfía, cuidando de renovar las teas que inundan aquel ámbito de humo y fragancia resinosa.

A la luz semifantástica del candelabro y del hogar, descúbrese la noble y honrada fisonomía de aquellos atletas, y el rostro dulce y sonrosado de la montañesa, de finas facciones y de brillantes ojos. La reunión está presidida por el *echeco-jauna*, cuyo mastín favorito yace como enroscado á sus pies. Miradlo: es el mismo montañés que nos dió á conocer la canción de Roldan en Roncesvalles. El perro que duerme á su lado es aquel que hacía resonar con sus ladridos las rocas de Altabizcar. Ese anciano de blancas guedejas vive en completa familiaridad con sus pastores y criados, pero respetado y querido de todos ellos. La *echeco-andria*, el ama, la dueña — que con todos estos nombres es conocida en Navarra — con la rueca al cinto, no se distingue de las otras mujeres, sino como una semidiosa de los simples mortales, como una reina entre sus damas.

El invierno es largo, y eternas son en él las noches; las veladas tampoco tienen fin. Y á fuerza de durar mucho la traspasada, es natural que se vean y se miren no poco los zagales y zagalas, y que se hablen, si comedidamente con los labios por respeto á los amos, más atrevidamente con los ojos, con esos ojos tan expresivos, que todo lo saben decir con una mirada. Estos cuadros, tan suavemente difuminados, y al propio tiempo de tanto colorido, traen

á la imaginación otros de la misma localidad, tradicionalmente conservados en las canciones del país. Citaremos, aunque inventadas en nuestros días, estas estrofas del canto de Anibal, cuando los vasos se deciden á acompañarle en su expedición contra los romanos:

Y á la hora en que se acuestan
Las mujeres, nos partimos,
Callados, por no turbar
Su dulce sueño á los niños.

No ladra el perro siquiera,
Que al vernos marchar tranquilos,
Cree que al alba tornaremos,
Y á rondar vuelve el aprisco,

Dicenme que á Roma vamos,
Donde el oro corre á ríos.
¿Qué importa? Hartaos vosotros;
Yo por mi valle suspiro.

Yo quiero ver á la hermosa
Que me guarda su cariño.
Y mi montaña está lejos,
Y el tiempo es largo y sombrío...

Volvamos por un momento los ojos á la ribera, y contemplemos á la madre que ve venir á su hijuelo llorando, descalabrado y con las manos en la cabeza:

— ¿Qué tienes? — le grita.

— Que me ha pegado Fulanico.

— ¡Falso! ¿Y por qué te has dejado pegar? Y por qué no le matas?

Y la madre le castiga, para que otra vez no se deje descalabrar impunemente por nadie.

¡Notable contraste de costumbres! Pero desengañémonos: el navarro siempre ha de ser navarro, por muy arrimado que viva á las crestas de los Pirineos; y la montañesa, por muchos quesos que forme y mucha leche que beba, no dejará de incitar á su marido á otras ocupaciones más lucrativas, aunque más arriesgadas, que las agrícolas y pastoriles.

Veréislos, pues, á marido y mujer darse al contrabando, haciendo prodigios de habilidad para preparar como gatos monteses por las rocas, ó deslizarse como una avalancha hacia el abismo, cargados con los enormes fardos que sacan de la frontera. Si el uno lleva los bultos, la otra el fusil. La montañesa, de finas facciones y graciosa mirada, sabe manejarlo tan bien como su padre, su hermano ó su marido. ¿Para qué fines sociales ha criado Dios á la mujer navarra, que sabe dominar á hombres tan fuertes, tan enérgicos, de quienes siempre se ha obtenido más por la persuasión que por la violencia?

Responder á esta pregunta sería resolver este problema histórico: ¿Para qué fines conserva la Providencia esa muestra del idioma, de la raza y de la civilización de nuestros indígenas, ese resto del pueblo ibero, contemporáneo quizá de las Pirámides de Egipto, y que, á semejanza de ellas, subsiste inmóvil sobre tantas y tantas tempestades de polvo y arena que descarga en vano para sepultarlo el *simoun* del Desierto?

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

EL ESTÍO

RENACIMIENTO DE LOS INSECTOS

(Conclusión.)



ARECEN del instinto de sociabilidad otros himenópteros melíficos como la belluda *Xilocopa*, que se dirige zumbando junto á la mata de flores, pronta á disputar su jugo á las mariposas. Anida en las maderas, donde corta menudo serrín para fabricar las celdillas de las futuras larvas.

El *Cimbex*, que á la altura del *Bombus* viene volando por entre las dos vanas, procede de larvas herbívoras muy parecidas á las de los lepidópteros. Otras avispa solitarias no saben preparar por sí alimento para su progenie y se lo facilitan proveyendo el nido de algunos insectos de determinada especie. Si estos víveres, que ha de utilizar la larva después de muerta la madre, estuvieran vivos, podrían escaparse ó luchar con el naciente y débil gusanillo; si no, se corromperían muy pronto: el insecto usa de un término medio y guarda sus víctimas inoculándoles con el aguijón su veneno, que las adormece sin quitarles la vida y mantiene fresca su carne.

Más notable es lo que sucede con el *Ichneumon*. No es por casualidad por lo que el dibujante ha colocado uno de ellos, con sus retorcidas antenas, por encima de la gruesa oruga de la dicranura: está acechando el momento de alojar un huevo bajo su piel, rompiéndola con su aguijón en forma de taladro, sin

que baste para apartarle de su empeño el movimiento de las colas con que la oruga trata de defenderse. Las larvas de los icneumones nacen en número considerable dentro del cuerpo de toda clase de orugas, se nutren con su abundante grasa sin hacer daño en las vísceras, y operan su transformación en la crisálida de su viviente morada, de la cual, en vez de una mariposa, salen en un día una porción de moscas particulares.

Tan activa y cruel es la guerra de los icneumones contra las orugas, que unida á la persecución de los insectos carnívoros, llegan á agotarse en poco tiempo las especies herbívoras, y la agricultura descansa por algunos años de sus desastres. Pero entonces falta el alimento para las especies carnívoras, que á su vez desaparecen, y las primeras vuelven á tomar incremento, resultando de esta lucha por la vida las alternativas que en los campos se notan de ciertas plagas, renovadas como en períodos fijos.

Finalmente, las sociedades de las hormigas, más admirables aún que las de las abejas y avispas, usan un medio muy extraño de mantener sus pequeñuelos: llevan á su domicilio los pulgones y otros insectillos, y sin hacerles daño les extraen por compresión un jugo particular, con el cual amamantan sus larvas como con vacas de leche.

El último orden de insectos con metamorfosis completa, es el de los *dipteros*, que tienen *dos alas*, por haberse reducido las dos inferiores á simples apéndices rudimentarios. A este orden pertenecen la mosca común y la mosca de la carne, así como el temible tábano que ha tomado vuelo por la derecha del cuadro, al lado de las mariposas. Son los dípteros acaso los agentes más activos para la destrucción de las materias putrescibles; y Linneo, para dar una medida de su eficacia, decía que tres moscas con sus rápidas generaciones, consumen el cadáver de un caballo en menos tiempo que un león. A este orden pertenecen también los mosquitos, bebedores de nuestra sangre, por medio de un mecanismo, cuya delicadeza apenas se comprende en animal tan tenue. Como todos los dípteros, tiene la boca terminada por una trompa propia sólo para chupar líquidos; pero posee además una lanceta finísima para abrir la piel, y todo está encerrado y resguardado en un estuche flexible, abierto longitudinalmente y entero en la abertura inferior. Cuando el mosquito se posa en nuestra epidermis, empieza por ensayar con la punta del aguijón el punto más á propósito para la picadura, lo hunde después con toda su fuerza apartándose con la presión el estuche en forma de arco, y aplica la trompa al agujero derramando una gota de líquido acre para irritar el tejido y llamar más fácilmente la sangre. Las larvas y las ninfas habitan el agua estenuada, y el modo de salir á luz el insecto alado es también digno de contarse. Cuando llega el momento oportuno, sube la ninfa á la superficie ó hinchando la cabeza hace una rasgadura por la cual va saliendo poco á poco y en posición perfectamente vertical el mosquito, con todos sus miembros pegados al cuerpo, y así permanece, sirviendo su antigua envoltura como barquilla, según se representa, con exageración en el tamaño, en el dibujo encima del hidrófilo y al lado de la meloea. El aire deseca poco á poco el nuevo insecto, y entonces tiende sus largas patas sobre la superficie del agua, levanta sus alas todavía cortas, y apoyado el abdomen en el flotante despojo, el recién nacido mosquito se deja impeler por la brisa hasta ganar la orilla donde hace pié con las patas delanteras, y suelta del todo su anterior cubierta, acabando de extender sus alas para tomar posesión de los aires.

De las inquietas nubes de mosquitos que pululan volando sobre los charcos, baja de cuando en cuando una hembra á poner sus huevos en el agua turbia que la ha de avivar. Vedla en la margen izquierda junto al cábaro y al necróforo, con sus cuatro patas anteriores apoyadas en una hoja flotante y el abdomen tocando en el agua: cada huevo que sale lo empuja para pegarlo á los precedentes con sus patas posteriores cruzadas, y con todos juntos forma una balsa que creza sobrenadando.

Todos los insectos descritos hasta ahora gozan de metamorfosis completa; es decir, que no se parecen en nada á su larva y que la ninfa permanece inactiva y encerrada en una cubierta, pero no á todos sucede lo mismo. Esa especie de aparecida fantasma, que arrimada al borde derecho del cuadro mantiene su cuerpo largo y delgado en posición vertical con el abdomen retorcido, es la ninfa de un *ortoptero* ó sea animal de *alas rectas*. Su larva no se diferenciaba sino en carecer de los rudimentos de alas; el insecto adulto no diferirá de la ninfa sino en tenerlas de la longitud del abdomen y en las antenas crecidas: por lo demás, las costumbres, los movimientos y la alimentación son los mismos.

Cuando las gentes del campo ven á un individuo

de esta especie apoyado con sus patas medias y traseras en las brizmas de las yerbas, y quedarse inmóvil con su cabeza levantada y las patas delanteras juntas en alto, creen que está en oración y le profesan supersticioso respeto. Los antiguos le tomaron por un adivino (*mantis*) que consultaba los agüeros mirando al cielo. Por ambos motivos los modernos le llaman *Mantis religiosa*; pero saben muy bien que no se ocupa en tal postura, sino en acechar el vuelo de los insectos, cuyo cuerpo aprisiona como en acorada tenaza con la articulación espinosa de sus patas delanteras. El grillo común y el verde saltamontes, que están á muy otro lado de la dicranura, son también estópteros, y como todas las especies de este orden, no sacian nunca los multiplicados repliegues de su estómago.

Por una casualidad inexplicable no hay en nuestra lámina ningún representante del orden de los *hemipteros*; tal vez sea por no recordar que están en él comprendidas las incómodas chinches, las cigarras atronadoras y los dañosos pulgones, aunque se honra también con las útiles cochinillas.

Representante del orden afín de los *neurópteros*, también, como los dos anteriores, de metamorfosis incompleta, es la fiera *Libellula depressa*, cuyas largas alas la mantienen rasando inquieta por la superficie del agua, casi encima del navegador mosquito. Parece como que va á hacer presa en la blanquiza *Ephemera vulgaris*, delicado neuróptero cuya existencia no alcanza más allá del día y no le vió nacer, después de haber vivido uno ó dos años como larva en el fondo del agua.

EDUARDO SAAVEDRA.

ARQUITECTURA DOMÉSTICA

ZARAUZ



si como los libros de historia dedican muchas páginas á narrar los grandes hechos de los reyes y de los caudillos, dejando en olvido el movimiento interno, más oscuro, pero mucho más útil é importante, de la

sociedad civil que en cada tiempo ha dado lugar con sus cambios continuados á la sucesiva formación de pueblos y naciones, del mismo modo los maestros en el arte de la arquitectura y los eruditos cultivadores de la ciencia arqueológica, han dedicado todas las facultades de su atención á estudiar, describir, analizar y propagar con la pluma y el lápiz los grandes monumentos religiosos ó feudales, menospreciando la modesta vivienda del ciudadano, donde siglo tras siglo ha tenido su hogar y asiento la familia, base primordial de la existencia y del brillo de las repúblicas. Algo se ve remediando tamaño descuido en uno y otro concepto, pues si ahora se profundiza con afán el exámen de las instituciones y costumbres de épocas pasadas, también se hacen estudios de grande interés sobre la construcción de las casas particulares en la Edad media, sobre todo en países extranjeros.

En España tenemos casi que empezar la tarea; pero entiendo que ha de ser tan fructífera, que no puedo menos de excitar á todos mis compañeros de profesión para que recojan apuntes de cuanto vean



ERMITA DE NUESTRA SEÑORA DEL MAR EN VIZCAYA.

y observen en todas las poblaciones, grandes ó pequeñas, que visiten, y dando al público el resultado de sus investigaciones, contribuyan á formar el capital de donde salga después la doctrina metódica que otros con más fortuna podrán establecer. Pero no es solamente en los edificios antiguos donde conviene fijar la atención, que el exámen de las construcciones de reciente fecha harán ver que hay caracteres propios en la arquitectura de cada localidad, conservados unos á través de los tiempos, modificados otros únicamente conforme han variado las condiciones de la vida civil. El conocimiento de las viviendas, aun las más humildes, pueden dar idea de las costumbres de cada pueblo, y ser barómetro seguro del grado de civilización que alcance ó haya alcanzado en épocas diversas.

Para acompañar la recomendación con el ejemplo es para lo que voy á dar una idea ligera de lo que he observado en un pueblo tan pequeño como Zarauz, pero que encierra mucho y muy notable en que fijar la vista del arquitecto estudioso. La villa, reducida primitivamente á la calle Mayor, paralela

á la playa, y que hoy linda con la parte del campo, ha ido progresando y ensanchándose á medida que el mar ha retirado sus aguas; y por la disposición de esta primera calle y la situación de la playa, el ensanche se ha ido verificando por calles paralelas, y es de creer que todavía se habrá de añadir alguna otra á las ya existentes, en lo que resta de siglo.

El tipo general de las casas de Zarauz tiene planta rectangular, de unos 10 metros de fachada y algo más que doble de fondo, y la parte de atrás da á una calle de orden inferior, con lo cual se ahorra la necesidad de hacer patio; disposición toda ella muy común en las poblaciones del litoral cantábrico. Las fincas más antiguas no tienen paredes medianeras, y las inmediatas de dos vecinos están separadas por un pequeño callejón, de menos anchura aún que la necesaria para dar paso á una persona, y suficiente tan sólo para que encuentren las aguas salida libre; orden igual al que se observa en varias poblaciones del Mediodía de Francia, y singularmente en Montpazier. Los muros de carga son solamente los dos laterales; sobre ellos se apoya la armadura del teja-

do, así como el suelo de los pisos, y como la luz resulta tan grande, se disponen éstos colocando fuertes vigas separadas cosa de tres metros entre sí, y sobre ellas pequeños maderos de suelo paralelos á la longitud del edificio.

Con tal disposición, las fachadas pueden ser todo lo ligeras que se quiera, y aun quedar reducidas á simples tabiques. Aprovechase esta facilidad para hacer volar los pisos, unos sobre otros, prolongando los maderos de suelo por la parte de afuera y apoyando en sus cabezas un entramado sencillo. La mejor trabazón de las piezas obliga á enlazar las extremidades libres de los maderos con una solera, que por ambos lados necesita asegurarse en los muros de carga. Para ello, y para proporcionar á la habitación correspondiente el abrigo necesario, se prolongan los dos muros de carga hasta el plano del saliente de la fachada; pero como en el piso interior á ese saliente estorbarían la vista, y en el bajo serían obstáculo para el tránsito por la calle, las mencionadas prolongaciones no se hacen más que en la altura en que son absolutamente necesarias, uniendo



EL ÁNGEL CAÍDO. — ESTÁTUA DE D. RICARDO BELLVER.

1 fervor

cada parte saliente de muro á la que tiene debajo por medio de una ménsula en forma de talón ó cuarto bocel. Esa forma de muros laterales que de piso en piso van volando sobre la acera de la calle, se encuentra muy usada en el Norte de Francia durante los últimos siglos de la Edad media; y como en Zarauz han reformado muchas casas, levantando de fábrica y á plomo toda la fachada, han quedado las prolongaciones de los muros laterales sin oficio, comunicando á la obra aspecto singular y á primera vista inexplicable.

Las casas constan, por lo general, de piso bajo con cuartos, almacenes ó tiendas; de piso principal, donde habitan las familias, y de un sobradillo ó pequeño piso segundo, confundido las más veces con el hueco de la armadura, y cuyo destino es para mayor desahogo de la vivienda.

La escalera ocupa el centro de la planta, es de dos tramos hasta el piso principal, y sigue luego en caja aparte y de un solo tiro al desván. Sin embargo, en muchas casas, que á mi parecer datan del siglo xiv, hay una escalera exterior de piedra, de un solo tramo, paralelo á una fachada; particularidad que se nota también en la inmediata villa de Orio, y que es bastante común en habitaciones antiguas de fuera de España.

No es sólo en las casas viejas donde se observa la disposición general que caracteriza las de este país; que también se hacen ahora del mismo modo hasta fincas de recreo, de las que tanto abundan ya en este pueblo favorecido como estación veraniega de baños. Resulta de todo en lo interior, aspecto un tanto singular; pues las vigas maestras quedan salientes bajo el plano del techo, atravesando por mitad de las salas, y todas las divisiones se hacen con tabiques sencillos. Los suelos son entarimados, como es uso en todo el Norte, y lo permite la constante humedad del clima.

Alguna vez se subdivide horizontalmente la altura de una sala para mejor aprovecharla, y á ese intento se dejan en el paramento interior de los muros unos canecillos de piedra sobre los cuales se puede apoyar la armazón del nuevo suelo cuando sea necesario, sin atacar ni conmover la masa del muro. Esto no suele verse más que en la mitad posterior de la casa.

Muchas son las que tienen de fábrica desde su origen el primer cuerpo de la fachada principal, y de ellas ya he dicho que no pocas la han continuado en toda la altura, suprimiendo los voladizos. Pero hay otras que desde luego fueron construidas de piedra en los cuatro lados de su perímetro, y sin saliente alguno en toda la elevación, y he llegado á comprender que esas reciben el nombre de *torres*. En la acera Sur de la calle Mayor hay un edificio de esta clase, de modesta apariencia, pero cuyo nombre local de *torre laburra* ó *chiquid*, que quiere decir *torre corta ó pequeña*, unido al vetusto color de sus paramentos, llamaron mi curiosidad para visitarlo por dentro; y en efecto, lo merece más que muchos monumentos que pasan por notables, porque á pesar de las transformaciones que le han hecho sufrir sus propietarios, todavía conserva los caracteres de una casa particular del siglo xiv. Aun cuando la sólida construcción de los muros de fachada permitiría cambiar la acostumbrada combinación del maderamen de los suelos, como no hicieron muros de traviesa, fué forzoso continuar el sistema de grandes vigas atravesadas de parte á parte. Las de esta casa son de roble ennegrecido por los años y de enorme escuadría, que no baja de un metro de tabla por 60 ó 70 centímetros de canto. Para disminuir la altura de los techos, ó rebajar los suelos superiores, se sostienen las viguetas por medio de hijuelas laterales, con lo cual, para pasar de una pieza á otra, en el piso alto, es preciso subir y bajar un par de escalones.

Nada hay más digno de fijar la atención en esta casa que los varios tabiques de primitiva construcción que aún conserva. Redúcense á tableros de roble muy bien ajustados y sujetos á entramados muy ligeros con elegantes clavos de cobre, que forman bien alineadas filas. Vanos recortados en figura de ojiva equilátera dan paso á los distintos departamentos, sin hojas ni marcos para colocarlas, porque en aquel tiempo se hacían la mayor parte de las separaciones con tapices, lo cual explica cómo era tan fácil esconderse tras un tapiz; pues los que estaban tocando á las paredes, según ahora se usan, no daban medio para ello.

Las ventanas de la fachada son pequeñas y ojivales, y en el ancho derrame que dejan en el espesor del muro hay dos poyos labrados en la misma fábrica, y que sirven de asientos para disfrutar cómodamente de la vista de la calle. Encima de ellos colocaban los antiguos cojines ó colchonetas, de precio ajustado á la calidad y medios de fortuna de los dueños.

Algo menos interesante, aunque mas vistosa, y por

eso más conocida, es otra casa fuerte que hay en la opuesta acera de la misma calle, y se conoce con el nombre de *torre lucid*, ó sea *torre larga*. Un tanto más moderna, á mi parecer, que la otra, ha reunido á las condiciones de seguridad de las torres las de comodidad y lujo de las habitaciones comunes. El acceso al piso primero se hace por una hermosa escalera exterior, debajo de la cual una puerta da entrada á los sótanos y paso á lo que fué jardín. En el piso alto había un magnífico balcón corrido por toda la fachada principal, y para sostenerlo conforme á las reglas acostumbradas, prolongaron los dos macizos laterales á la altura conveniente; pusieron de uno á otro la viga de madera, sobre la cual se apoyaban los maderos de piso, que por la extremidad opuesta entraban en mechinales, visibles todavía en el paramento, y por ser la longitud de la viga mayor de lo que podía alcanzar su resistencia, estaba aliviada por una fila de jabalones sujetos en otra línea de mechinales inferiores, que deja ver igualmente el plano de la pared.

Las ventanas son ojivales, trazadas con sumo gusto y con elegantes parteluces; las vigas maestras son también enormes, y se encuentra todavía algun resto de tabique de madera á que la gente del pueblo atribuye singular destino en la defensa militar de aquella reducida fortaleza. Como el vuelo del balcón era bastante considerable, el arquitecto de la torre perforó las dos paredes que lo limitaban por los costados, resultando de esta combinación un mirador del más bello aspecto.

Las ventanas conopiales de muchas casas de la plaza Vieja, las señalan como construidas á fines del siglo xv, lo mismo que no pocas de Orio, rehechas tal vez después de la peste asoladora de 1401, y no faltan en una y otra villa buenos ejemplares de los siglos inmediatos, que enseñan cómo las formas decorativas se acomodaban y se siguen acomodando al gusto peculiar de cada época, sin alterar lo esencial del sistema de construcción y disposición de los edificios.

No me lisonjeo de haber señalado todo lo notable y digno de estudio que contienen las casas particulares de la antigua é histórica villa de Zarauz, que no he visto hace más de un año, y cuyos pormenores retengo sólo en la memoria. He de decir, con esta ocasión, que á pesar de la natural curiosidad que me lleva á investigar lo que cada localidad puede tener de importante, sobre todo en lo que toca á la Arquitectura y la Arqueología, y con mi especial afición á reparar lo que concierne á la aplicación del arte á la vida doméstica, debo confesar que he tenido la mala costumbre de no hacer apuntes sino en los pocos casos en que desde luego intentaba publicar algun monumento determinado. Recomiendo á mis compañeros que se aparten de este ejemplo, para que no se encuentren, después de treinta años de viajes por toda España, con un caudal de ideas sueltas, que sin ser del todo inútiles, carezcan del orden, fijeza y pormenores necesarios para que se puedan comunicar con algun fruto.

EDUARDO SAAVEDRA.

EN UN ÁLBUM

Si cual gracias en tu cara
Quisieron darte los cielos,
Me diera el Numen de Delos
Versos en que te cantara,

¡Cuán bulliciosa vendría
A dar con risueño encanto
Aroma y luz á mi canto
La esplendente Poesía!

Pero es tu sér peregrino
Del mismo cielo trasunto,
Y para tan alto asunto
Mi ingenio rudo y mezquino.

Aunque el son con que á las flores
El aura va enamorando,
Y el acorde alegre y blando
De fuentes y ruiseñores

Me presten de su armonía
La magia más seductora,
No puede aspirar, señora,
A tanto la Musa mía.

Que unidas las tintas bellas
De la Aurora en sus albores,
Del sol á los resplandores
Y á la luz de las estrellas,

Fueran conjunto incoloro,
Que de tus gracias al lado
Luciera tan desmayado,
Como el metal junto al oro.

Pero pues no hay remisión,
Y he de cantarte atrevido,
Perdón humilde te pido,
Y sálveme la intención.

Siendo tú quien pide versos,
Fuerza es que yo sea obediente,
Y en suma, es indiferente
Que salgan ó no perversos.

Que ¿quién ante luz tan pura
Ciego sus alas no pliega?
Ni ¿qué humano ingenio llega
A tan codiciada altura?

Aunque en la imaginación
Juntos el genio y el arte
Me dieran para cantarte
Su más alta inspiración,

Bien se viera, y no te asombre,
A gran distancia en los dos,
En tí lo que puede Dios,
Y en mí lo que puede el hombre.

F. DE LA VERA É ISLA.

LA ARQUITECTURA EN EL TEMPLO CATÓLICO

EL PÚLPITO

II



INDICADA ya anteriormente la historia del púlpito, vamos á manifestar algunas ideas relativas á su disposición en los templos católicos.

Teniendo en cuenta el objeto del púlpito, cual es el de que el predicador en él colocado sea oído lo más fácilmente posible desde todos los puntos del templo, ha de procurarse que esté, no en el extremo de la nave próximo al altar mayor, sino que, si bien no demasiado distante del tabernáculo, ocupe un punto medio con relación á la forma del templo. Por ejemplo; es situación aceptable la comunmente adoptada de adherir el púlpito á uno de los pilares que forman parte á la vez del crucero y la nave principal, debiendo preferirse el del lado del Evangelio, según aconseja San Carlos. Sin embargo, esta preferencia no es de rúbrica, y aún podría ser modificada por condiciones de mayor proximidad á la sacristía y otras. Además, cuando ha de oír el sermón el Soberano ó alguna otra persona constituida en dignidad, ésta se coloca siempre al lado del Evangelio, y entonces es fuerza que el predicador se sitúe enfrente, es decir, al de la Epístola, lo cual, si sucede en templos que sólo tengan un púlpito, obliga á establecer otro provisional en el lugar indicado. Por esto, siempre que la amplitud del edificio lo permita, aconsejamos á los arquitectos el establecimiento de dos púlpitos, uno á cada lado, como se encuentran en casi todas las catedrales, y en las basílicas y templos de alguna importancia.

A veces, el púlpito adquiere mayor desarrollo y se coloca entre dos pilares de la nave, pudiendo adoptarse este sistema siempre que no estorbe el paso ni la vista.

Hechas las ligerísimas consideraciones que anteceden respecto á la implantación del púlpito dentro del templo, pasemos á ocuparnos en las disposiciones más convenientes para sus diferentes partes.

En todo púlpito debemos distinguir las siguientes: La *tribuna*, formada por el suelo y la barandilla que rodea al predicador; el modo de unión de ésta con la fábrica del templo, es decir, su *apoyo*; el *tornavoz* y la *escalera*. Trataremos de cada una separadamente.

La *tribuna* no ha de elevarse mucho sobre los oyentes, ni tan poco que no les domine; depende su elevación de la magnitud de la nave, de la disposición de la iglesia y de otras circunstancias, como, por ejemplo, si se trata de un convento cuyos religiosos ó religiosas oyen la palabra divina desde el coro, y éste se halla más ó menos elevado, etc.; pero juzgamos que su suelo ha de salvar la estatura de las personas más altas, debiendo verse por completo, sobre éstas, la barandilla que le rodea. Tendrá la amplitud necesaria para que el predicador no se halle embarazado en sus movimientos, pudiendo arrodillarse ó sentarse sin dificultad; pero no se haga tan ancha que empequeñezca á la persona en él colocada; y la barandilla será de una altura proporcionada y cómoda. Proscribanse los balconcillos de hierro tan usados en el pasado siglo, adoptando tableros decorados lo más ricamente posible, para indicar así su alto destino é importancia. En nuestro concepto, debe preferirse la forma prismática á la cilíndrica, por acusarse mejor en aquella las luces y sombras, y presentar superficies más convenientes para la decoración; pero esto no impide que el interior sea circular, si así se desea. Aconseja el citado San Carlos que se cubra el antepecho del púlpito con paños de los colores del ritual, según la festividad que se celebre, y por esto, sin duda, fué la adopción de las balastradas de hierro; pero á más

de no ser de rúbrica, bien puede hacerse, y hasta de una manera artística sobre las superficies decoradas. Empléense para éstas, como antiguamente se hacía, los mosaicos, los mármoles, jaspes y pórfidos; las maderas talladas ó modestamente pintadas; el bronce ó el hierro, ya repujados, ya forjados; el estuco ó la escayola, según el carácter ó el grado de riqueza que quiera darse al púlpito, pero procurese siempre que sea una nota armónica en el concierto del edificio, que no desentone, sino que se una y se afine en un todo para producir perfecta armonía.

Y esto que decimos de la tribuna como su parte principal, debe entenderse también del apoyo, del tornavoz y de la escalera.

El *apoyo* del púlpito puede hacerse de dos maneras: ó refiriéndolo al muro ó pilar del templo á que se une, ó haciéndolo independiente de éste por medio de un soporte que repose directamente sobre el suelo. Este último sistema, que juzgamos preferible por ser racional, es también el más sólido, y por tanto reúne otra buena cualidad para ser preferido. Puede emplearse el primero cuando se trate de una tribuna ligera y pequeña, colocada en un templo de escasas dimensiones, donde sea necesario aprovechar lo más posible el espacio; pero entonces, además de la solidez verdadera, de la cual no tenemos por qué hablar en esta ocasión, ha de dársele solidez aparente. La terminación inferior por medio de una pirámide cuya base es el suelo de la tribuna, y cuyo vértice se halla en el muro ó pilar por bajo de ella, es solución muy usada en el estilo mudéjar, y que realmente acusa y da solidez. Las palomillas, ménsulas ó cartelas pueden satisfacer en determinados casos, pero son de difícil composición; por último, también se ha empleado á veces una media columna ó pilastra adherida al muro.² El apoyo aislado es, como ya hemos indicado, la solución que en nuestro concepto debe adoptarse, siempre que se pueda, y hasta tiene la ventaja de recordar el origen del púlpito actual, movable y portátil en un principio. Excusado es indicar que la dificultad mayor en esta disposición es el paso de un cuerpo relativamente delgado al voluminoso de la tribuna; pero el ensanche del capitel en su cimacio, y la gradación de magnitud y división de las superficies colocadas bajo la base de la tribuna y su ornamentación, resuelven el problema de una manera análoga, cualquiera que sea el estilo y el material adoptados.³ A veces también se emplean, en vez de uno, varios apoyos ó columnitas unidas ó separadas.

El *tornavoz* es indispensable en las grandes naves para reflejar las ondas sonoras y dirigir las hacia la parte baja del templo; y en los púlpitos aislados, entre dos pilares por ejemplo, debe colocarse un tablero tras la espalda del predicador con el mismo objeto. Que el tornavoz ha de ostentar en un todo el estilo de la tribuna, y que su forma y dimensiones han de guardar con ella íntima relación, no hay para qué decirlo, ni será necesario indicar que no ha de colocarse tan alto que se haga inútil, ni tan bajo que parezca tocar á la cabeza del predicador, ni aún con su sombra. Es antigua costumbre colocar en su techo una paloma como símbolo del Espíritu Santo, que debe inspirar al orador sagrado, y no será inoportuno rematarlos con un símbolo religioso, tal como la cruz ó la estatua de San Juan Bautista, el Precursor del Mesías y el primer anunciador del divino Verbo; pero deséchense los ángeles con la trompeta de la fama, como recuerdo pagano, ó la copa con llamas, que nada dice, emblemas ambos muy usados en la época del churriguerismo. Difícil es siempre que el tornavoz se una en cierto modo á la tribuna; las más de las veces, aun en obras muy notables, aparece como completamente independiente y separado del resto del púlpito, lo cual no creemos que debe hacerse. En buen hora que no se le apoye sobre columnitas erguidas sobre la balastrada, pues tal disposición, no sólo incomodaría mucho al predicador impidiéndole los movimientos de los brazos, poderoso auxiliar de la palabra, sino que daría al púlpito el aspecto de una jaula; pero bien puede componerse una decoración de formas arquitectónicas que constituya el respaldo y una la tribuna con el tornavoz, formando como su apoyo. Pocos ejemplos nos ha dejado la antigüedad de esta parte del púlpito; tal vez entonces no se estimaban necesarios, y si la Edad media nos los ofrece de espléndida magnificencia en muchas ocasiones, faltan en otras, observándose que los correspondientes á tribunas de aquellas épocas son de estilos

muy posteriores y pertenecientes á los tres últimos siglos, tal vez por haber sido sustituidos. Ninguno de los cuatro púlpitos ni otros muchos que hemos visto tienen tornavoz que corresponda con su estilo, por lo cual los hemos omitido; pero juzgándolo actualmente como una necesidad, llamamos la atención de los arquitectos para que lo compongan de modo que no desdiga y se una perfectamente á la tribuna.

Si dificultades hemos apuntado para obtener una acertada composición en cuanto se refiere á la tribuna, á su soporte y al tornavoz de un púlpito, no son en modo alguno menores las referentes á su *escalera*. Primera cuestión: ¿debe ser ésta aparente, ó no? Los que creemos que en arquitectura todo debe estar francamente manifestado, sin que nunca pueda caber duda respecto al oficio y objeto de cada parte, ni encerrar misterio ningún detalle, por insignificante que sea, opinamos que la escalera de un púlpito debe ser aparente, pues nos causa mal efecto contemplar un espacio cerrado y situado á cierta altura donde no se vea el modo de subir á él. Además, la escalera, en el grueso de un muro ó de un pilar, á más de debilitarle, si sus dimensiones no son muy grandes no puede tener desahogo ni luz suficientes para que la ascensión y el descenso se verifiquen cómodamente; y por último, la misma tradición del primitivo púlpito movable parece obligar á no hacer depender su acceso de la fábrica permanente del edificio. Creemos también que lo que se haga en arquitectura debe poder hacerse siempre, cualquiera que sean las circunstancias que concurren; y la escalera no aparente para el púlpito, no podrá hacerse si se trata de un templo de naves en la arquitectura ojival, ó de una basílica con columnas. Podrá decirse que en la Edad media se ha adoptado muchas veces la escalera incrustada en el grueso del muro; pero ¿cómo se ha hecho? Haciéndola aparente al exterior, por su entrada; manifestando por el despiece de la piedra sus peldaños; por los arcos de descarga su techo; por ventanas practicadas en el muro sus luces; y esto se ha hecho cuando la iglesia era de una sola nave y el púlpito se unía al muro. No negamos que puede haber circunstancias especiales que motiven y hasta exijan el acceso al púlpito por el interior, si se trata de capillas de dimensiones reducidas, ó si no es un templo, sino un refectorio ó salón el local en que se halle el púlpito; pero aun en estos casos, y si la escalera no puede excusarse, maniéstese francamente su entrada á la tribuna, y de ninguna manera se disimule esta puerta enrasándola á las haces del muro y pintándola del mismo tono que éste. La escalera aparente es de difícil composición; acaso por evitar este escollo se ha ocultado muchas veces. Una de las cosas que han de procurarse, es que al subir ó bajar por ella el predicador, no vuelva la espalda ni al altar ni á los fieles. Esto se consigue haciendo que la escalera rodee en cierto modo al pilar á que se arrima el púlpito, de manera que en la mayor parte de la ascensión, el sacerdote se presente de costado al altar mayor y á los oyentes. Su embarque deberá hacerse por el lado más próximo al altar para mayor facilidad en el acceso. Su balastrada puede hacerse calada ó maciza; el primer sistema le da mayor ligereza y parece más conveniente, pero ha de procurarse que se oculten los pies del que sube, pues en todo lo que al sacerdote se refiere es importante alejar el recuerdo del hombre. Desde este punto de vista, pudieran ser defendibles las escaleras ocultas, y tal vez haya sido esto motivo para emplearlas en ocasiones; con ellas, el predicador aparece súbitamente en la tribuna, sin que los fieles hayan podido examinarle en sus movimientos como hombre, y desaparece del mismo modo una vez cumplida su misión; pero, aun con escalera aparente, puede ésta disponerse de manera que se satisfaga en cierto modo esta exigencia, que consideramos de alguna importancia. La escalera del púlpito del templo parroquial de Lozoya cumple con este objeto; rodea el primer pilar del lado de la Epístola, tiene su embarque por el lado más próximo al altar, es decir, opuesto al público, y con su barandilla maciza y elevada ocupa casi por completo al predicador hasta que aparece en la tribuna. Como disposición, puede servir de ejemplo, si no como forma por la pesadez que se nota en su apoyo actual, pero creemos que en un principio estaría al aire; que no de otra manera se explica un macizo tan desnudo bajo una ornamentación tan rica. Púlpitos hay con dos escaleras; mas como de éstas, una es enteramente inútil, sólo ha podido hacerse por un excesivo amor á la simetría.

No á dictar preceptos para la acertada composición de un púlpito, sino á indicar nuestras ideas, más ó menos fundadas, sobre cada una de sus partes, nos hemos dirigido, señalando dificultades para que

puedan vencerse con el arte y el estudio en cada caso particular. Si conseguimos llamar la atención de los arquitectos sobre esos, al parecer, pequeños detalles de un edificio, consideraremos haber hecho mucho; y dignos son todos de atención y de exquisito cuidado, pues forman el conjunto de la obra artística y deben producir un acorde perfecto y armonioso.

E. M. REPULLÉS Y VARGAS.
Arquitecto.

(Se concluirá.)

LOS GRABADOS

VERDAGUER

Cataluña se halla en pleno renacimiento literario. Mientras en el resto de España apenas puede presentarse uno que otro poeta de altísimos vuelos é inspiración, en la patria catalana abundan extraordinariamente. Y se da el espectáculo significativo de que hasta los poetas catalanes que profesan el radicalismo político, como el Sr. Balaguer, por ejemplo, hagan profesión de católicos en sus versos.

Y este fenómeno que se advierte en Cataluña se advierte también en Mallorca, donde uno de los jefes del renacimiento literario es cabalmente el antiguo progresista Sr. Roselló. Digamos en su honor que el más decidido ultramontano suscribiría sin dificultad casi todas sus poesías.

Sin embargo, dichos señores no son ni pueden ser la personificación del renacimiento literario catalán, que se impone actualmente á la atención y al estudio de los amigos de las letras de Europa.

La representación de este movimiento la tiene actualmente el sacerdote cuyo retrato se honra LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA en publicar, y cuyo nombre vivirá mientras haya quien hable ó lea el idioma en que ha escrito sus admirables versos, ya que hasta ahora no ha encontrado quien le traduzca á los otros idiomas, como Monti tradujo al padre de la poesía, á Homero.

El Sr. Verdaguer, que es fecundísimo, es autor de innumerables poesías publicadas en multitud de revistas y periódicos, y tan populares algunas de ellas, que difícilmente se encuentra algún catalán de mediana instrucción que no las recite de memoria. Y sin embargo, sus obras capitales son los *Idilios* y la *Atlántida*, de la cual ha empezado á publicar una traducción castellana el Sr. Díaz Carmona.

No hay por qué decir que las composiciones del señor Verdaguer tienen carácter propio que las distingue de todas las de los demás poetas catalanes. Inspirado, tierno, delicado, correcto siempre y elegante en sus *Idilios*, muestra bien á las claras que conoce á fondo el idioma en que escribe, que ha estudiado con gran provecho los grandes modelos de la literatura clásica, y que no le son desconocidos los principales monumentos de las literaturas extranjeras.

No es posible trazar en breves líneas un resumen del grandioso y atrevido pensamiento que encierra la *Atlántida*, concepción gigantesca, que de haberse publicado en Francia ó en Alemania, no habría rincón de Europa y de América en que no fuese conocida.

Este renacimiento catalán tiene ya su obra que lo perpetúe, pues la *Atlántida* es á Cataluña lo que *Las Lusiadas* á Portugal, lo que *La Divina Comedia* y *La Jerusalén liberada* á Italia.

Esperamos que no será esta la última manifestación del genio del Sr. Verdaguer, y que su obra, que ha encontrado un intérprete superior á los anteriores en el Sr. Díaz Carmona, será tan conocida, no sólo en España, sino en la América meridional, como merece serlo.

Es el Sr. Verdaguer maestro en Gay saber por los triunfos obtenidos en los juegos florales de Cataluña, y ha conquistado también otras muchas distinciones con su inspiración verdaderamente extraordinaria.

En esta época en que la sociedad moderna se empeña en vivir alejada de Dios y en despreciar á los sacerdotes de Cristo, es evidentemente providencial que el primer poeta sin duda de esta época, el que ha escrito una obra de más alto vuelo, elevando un monumento permanente á la gloria de su patria, sea cabalmente un sacerdote.

Y un sacerdote que si es modelo de poetas, es también espejo de todas las virtudes.

ERMITA DE NUESTRA SEÑORA DEL MAR EN VIZCAYA

Nuestras costas del Norte son de las más bellas de Europa, porque á los encantos de una naturaleza majestuosa y risueña al propio tiempo, se unen las galas con que la piedad de sus habitantes han embellecido las agrestes playas y las gigantescas y enrisgadas montañas que sirven de dique al poderoso Océano, formando una serie de cuadros á cual más interesantes y poéticos, donde puede complacerse el ánimo, robustecerse el cuerpo y hasta inspirarse la fantasía del poeta y del pintor, que hallarán aquí bellezas dignas de cantarse y de reproducirse en el lienzo.

Tal es el cuadro que ofrece nuestro grabado, donde se representa la poética ermita de Nuestra Señora del Mar, situada cerca de Portugalete, en la desembocadura de la ría de Bilbao. Nada tiene en ella que investigar el arqueólogo, nada sabemos de ella que pueda interesar al historiador; en cambio la piedad y la poesía tienen allí mucho que venerar y que admirar, porque ese humilde santuario, incensado por las espumas del mar, cuyo órgano lo forman las olas que resuenan á toda hora en su bóveda, ha recogido las fervientes plegarias de los navegantes durante muchos siglos, y se halla consagrada por las lágrimas de multitud de naufragos.

La ermita de Nuestra Señora del Mar es debida á la piedad de los pescadores, los cuales le dedican fervoroso culto,

1 Púlpito del refectorio del convento de Escalona.

2 Púlpito del templo parroquial de Buitrago.

3 Púlpito del templo parroquial de Canencia, y púlpito del de Lozoya, ambos de piedra. Como ejemplo de esta disposición con hierro, pueden verse los dos púlpitos de la catedral de Avila.

1 Púlpito del templo parroquial de Buitrago.

visitándola en los días de su fiesta y en los trances de su vida azarosa.

De su situación pueden formar idea nuestros lectores por el grabado. ¿Con qué puede remplazar nuestro siglo esos faros de la Religión colocados a la vista de los navegantes y pescadores? Los monumentos civiles reciben su grandeza de los lugares que los rodean; pero los religiosos, por el contrario, hermosean el sitio en que se levantan, hasta el punto de que una pobre ermita, erigida en una roca, engalana con poéticos encantos el panorama maravilloso del Océano.

EL ANGEL CAÍDO

Estatua de D. Ricardo Bellver

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, pagando merecido tributo de admiración a un artista contemporáneo, émulo de los antiguos por su genio y su religiosidad, publicó hace tiempo el retrato y biografía de D. Ricardo Bellver, escultor habilísimo, cuya modestia, tan rara en estos tiempos, iguala a su ilustración y mérito envidiables. Pero como el complemento de la biografía de un autor y su mayor alabanza son sus obras, publicamos hoy una de las que han dado a Bellver mayor celebridad, no sólo en España, sino en el extranjero; *El Angel Caído*, escultura admirable en todos conceptos, premiada en la Exposición nacional de 1877 y que vaciada en bronce, se halla hoy—mal colocada—en el alto del Retiro.

Luzbel, arrojado del cielo por su soberbia, yace caído sobre una roca, retorciéndose de ira y envuelto en los anillos de una culebra que le ahoga, desencajado por el dolor y con los labios abiertos en ademán de maldecir de su eterna condenación. Todavía un ala se eleva hacia el empuje, como la vela de una nave que arrebatan las olas y flota por última vez sobre el abismo de los mares. Su composición es inspiradísima y revela los estudios clásicos del autor, que ha sabido unir al estudio atento de la naturaleza, el de los modelos griegos y romanos, que serán siempre el último grado de perfección en la escultura. Mide la estatua 2 metros 65 centímetros.

Bellver se propuso traducir plásticamente el siguiente pasaje de Milton: "Por su orgullo cae arrojado del cielo con toda su hueste de Angeles rebeldes, para no volver a él jamás. Agita en derredor sus miradas, y blasfemo las fija en el empuje, reflejándose en ellas el dolor, la consternación más grande, la soberbia funesta y el odio más obstinado."

El Angel Caído es una de las obras que honran el arte español contemporáneo, y será un título de gratitud que encontrará en el fondo de nuestras miserias la posteridad, ante la cual ha de verse el juicio de nuestros artistas y el pleito de nuestros progresos.

ARCO MUDÉJAR EN VALLADOLID.

Resto casi desconocido del estilo mudéjar y monumento olvidado de otros tiempos más prósperos para la antigua Corte de Castilla, yace detrás de la iglesia de la Magdalena esta curiosidad arquitectónica, que parece pertenecer al siglo XV. Es un arco de ladrillo, de estilo mudéjar, que según unos, correspondió a construcciones dependientes del convento de las Huelgas, del que todavía forma parte, y según otros, debajo de él se abría un pórtico para comunicar con la segunda muralla de la ciudad allí contigua.

Sea como quiera, es una antiqualla digna de guardarse en el catálogo de nuestras ruinas.

MARÍA DE GOES

(Siglo XVI)

PRIMERA PARTE. — HOLANDA.

X

Harlem.



HARLEM, hoy tan risueña, cuyos baluartes plantados con tilos forman un tranquilo y delicioso paseo, y cuyas cercanías, llenas de frescura y de sombra, han inspirado tan bellas obras a los grandes paisajistas holandeses, era en aquella época una plaza fuerte, defendida con antiguas torres y con sólidos muros, que encerraban, como el engaste contiene la joya, la ciudad gótica y pintoresca, la hermosa catedral de San Bavon, el palacio del príncipe y otros edificios, que después han sufrido la acción del tiempo ó la de la guerra, más destructora aún. Hallábanse aquí reunidas todas las tropas para resistir á los ejércitos que contra ella trafa el hijo del duque de Alba, y el sitio comenzó en 11 de Diciembre de 1572. Tres días hacía que María de Goes estaba en la ciudad, y con el corazón decidido y con su voluntad unida á Dios, se preparó á todos los acontecimientos, resignada ya para todos los sacrificios, y no pidiendo al cielo sino una sola gracia, la conversión de su padre. Su valor debía ser puesto á dura prueba.

El sitio fué terrible: desde los primeros días la guarnición quedó diezmada con las salidas que hizo, y tanto los soldados como los habitantes estaban siempre muy alerta, á fin de no ser sorprendidos por los españoles, cuyo arrojo era igual á la constancia de los bátavos. Oíanse continuamente en la

ciudad las descargas de la artillería; los incendios devoraban todos los días hileras de casas y edificios enteros; la mina y la zapa abrían grandes boquetes en los baluartes; pero el valor de los sitiados no se amortiguaba. Detrás de las murallas destruidas formaban otras nuevas que detenían al enemigo cuando éste creía entrar en el corazón de la plaza, y con las salidas destrozaban las obras de los españoles, quienes no pudiendo triunfar de un pueblo defendido con encarnizada desesperación, determinaron someterlo por hambre.

El invierno fué propicio á los holandeses. La laguna de Harlem estaba helada y en comunicación con los fosos de la ciudad, cubiertos también de hielo; y atrevidos patinadores se introducían por medio de aquella compacta superficie, llevaban por delante trineos cargados con vituallas y con municiones de guerra, y á vista de los sitiadores, arrojando las balas, introducían en la ciudad los recursos de manutención y de resistencia. Pero llegada la primavera, estos convoyes sufrieron interrupción, y la plaza, estrechamente bloqueada y reducida á sus propias fuerzas, no tenía que esperar sino el hambre y la muerte. Llevaba ya más de cuatro meses de sitio; todos padecían, todos peleaban, y la tenacidad del carácter holandés, habituado á luchar contra los elementos y á disputar al mar la tierra, se observaba en el paciente valor de aquellos hombres, que sin esperanza y hasta morir persistían en su lucha contra un enemigo tan poderoso y terrible.

María padecía al mismo tiempo que sus compatriotas, y su alma se hallaba dolorosamente dividida entre el interés que le inspiraban los de su raza y la libertad de su país, y ese otro atractivo más poderoso que la unía con los que profesaban su fe. Todo Harlem estaba entregado á la herejía, y el salvaje heroísmo de sus habitantes se había manchado con inútiles crueldades y con sacrilegas profanaciones. Sobre los mismos baluartes donde derramaban su sangre, ponían las cabezas de los prisioneros españoles, y con licenciosos chistes remedaban las augustas ceremonias del culto católico. La joven lo sabía y oraba llorando, postrada delante de ese Dios tan ultrajado, oculta en lo interior de su casa, y puesta á los pies del Crucifijo, para no oír el estrépito de aquellas impías saturnales. Todas sus plegarias eran por su padre, y éste, que hasta entonces se había salvado, mientras muchos sucumbieron junto á él, no pensaba sino en su hija. Mortales angustias devoraban su alma: si él sucumbía, ¿qué iba á ser de ella? Si, como era de presumir, la ciudad, bombardeada y hambrienta, debía entregarse, ¿quién defendería á la joven contra la furia del vencedor? Estos crueles pensamientos lo consumían y le inspiraron una resolución, en la cual fijó su última esperanza.

Escribió una esquela y la puso debajo de las alas de esas palomas viajeras que de vez en cuando traían á la ciudad sitiada algunas palabras de consuelo. Esta esquela, dirigida al príncipe de Orange, contenía otra para la condesa de Osorio, que entonces estaba refugiada en Alemania. El desgraciado padre confiaba á su hermana la hija, y se sintió más tranquilo cuando puso debajo de las alas del ave y á merced del viento aquella disposición testamentaria de su alma.

Dos días después, al mandar hacer una salida, fué herido de un balazo en el pecho. Sus soldados lo cogieron, y sobre las picas cruzadas lo trasladaron moribundo hasta su casa. Buscó con los ojos á su hija, que estaba allí. Trató de alargarle las manos; las cogió ella entre las suyas, y las estuvo besando, llenándolas de lágrimas. Quiso intervenir un predicador calvinista que había venido detrás del triste acompañamiento; pero María lo rechazó con tal dignidad, que aquél no pudo resistir, y poniéndose ella de rodillas junto a la cama donde acababan de colocar al herido, y fijos sus ojos en aquel semblante ya oscurecido por las sombras de la agonía, sacó de su pecho un Crucifijo, diciendo inclinada hacia su padre y estrechándolo en sus brazos:

—Esta es la prenda de la salvación; ¿la rechazará usted, padre mío? ¡Una sola palabra! ¡nada más que una palabra...! ¡un ademán!

El barón no podía ya hablar, pero se hallaba en su cabal juicio: comprendió á su hija, y cogiendo la cruz aborrecida de los sectarios, la estrechó contra sus labios y contra su corazón. Toda su voluntad, toda su alma se reconcentraba en aquel instante, que fué el acto supremo de su vida. Tuvo una corta agonía y espiró con la cruz estrechada entre sus manos. Cuando la hija le cerró los ojos, dos grandes lágrimas cayeron de los fríos párpados del difunto, lágrimas de arrepentimiento y de esperanza, que quizá habían salvado su alma.

La joven, huérfana ya del todo, estuvo llorando amargamente; pero una esperanza divina existía en lo íntimo de su dolor.

XI

El hambre.

Los despojos mortales del barón de Goes fueron depositados en las bóvedas de la destruida iglesia de San Bavon. Los soldados lo lloraron; pero varios compañeros suyos de armas envidiaban su suerte. El sitio era cada vez más desastroso: faltaban los víveres; los soldados, amarillentos y sin poder con el peso de las armas, defendían los baluartes medio arruinados como un ejército de espectros que custodiara la ciudad de la muerte. El más horroroso caballero del Apocalipsis, el hambre, con lívido semblante, y teniendo en la mano sus avaras balanzas, reinaba en Harlem; grandes y pequeños veíanse reducidos á cruel igualdad; porque el rico, al morirse de hambre sobre los talegos de oro, no podía dar al pobre sino una limosna inútil: por ningún precio se hubiera podido hallar un pedazo de pan, y solamente algunas raíces, yerbas, los cuerpos de animales, muertos también de necesidad, alimentos que la pluma no se atreve á describir, eran el sustento de los infelices sitiados, esqueletos vivos que estaban dando vueltas por su destruida ciudad, pero en quienes el exceso de padecimientos no llegó á debilitar el vigor del alma. Resistieron hasta el fin.

Desde antes de la muerte de su padre, abrió María su casa á los enfermos y á los heridos, y asistida de varias mujeres caritativas, ayudaba á morir dulcemente á las desgraciadas víctimas de la guerra. No podía darles consuelo alguno, á no ser la última gota de agua para sus secos labios. Todo le faltaba: alimento, ropa, medicinas; pero se sentía con fuerzas para hablar de Dios á aquellos moribundos: arrodillada á la cabecera de ellos, les recordaba al Dios de su niñez; hacía con ellos el último acto de contrición y de amor; y estando ella misma á fuerza de padecimientos en los bordes de la eternidad, procuraba enviar delante de sí alguna de aquellas almas extraviadas.

Los pobres soldados á quienes con sus desfallecidas manos socorría, olvidaban, acostados en su lecho de muerte, á España y al duque de Alba, y se acordaban del Dios á quien en otro tiempo habían servido, y de la Santísima Virgen que habían invocado, dejándose guiar por tan dulce mano y por tan suave voz hacia la fe de sus mayores. En cuanto á ella, Dios la apoyaba; su juventud resistía las privaciones y el dolor, y ofrecía por el alma de su padre y por la salvación de Herberto las angustias y horrores que estaba padeciendo en aquella ciudad, cuyos desastres recordaban á Jerusalén y á Sagunto.

Al fin, después de siete meses de sitio y de largas consultas, Federico de Toledo ofreció á los habitantes una capitulación razonable. El 13 de Julio de 1573 anunciaron las campanas la rendición de la ciudad y la entrada de las tropas españolas: parecía que el bronce tocaba los funerales del valiente y desgraciado pueblo. La guarnición y los habitantes diezmados, oprimidos de miseria, se retiraron á la casa de ayuntamiento ó á las iglesias arruinadas. María, llena de ansiedad y de inquietud, rezaba en lo interior de su oratorio; pero turbaba su oración el lúgubre sonido de las campanas, con el cual se mezclaban á intervalos los clarines españoles. Una mujer que se atrevió á salir para buscar alguna comida, había vuelto horrorizada, diciendo que la guarnición acababa de ser hecha prisionera, y que muchos jefes, no obstante la capitulación, iban á caer en manos del verdugo. A las siniestras voces que de la calle solían oírse, sucedía un silencio, al parecer, amenazador. La joven tenía hecho á Dios el sacrificio de su vida, y sin embargo temblaba; porque en lo desconocido y en lo que se está aguardando hay cierta cosa que deja yertos los más intrépidos corazones.

XII

El vencedor.

En este momento oyéronse en la calle pisadas de caballos, y el aldabón de la puerta sonó con violencia.

—¡Ya están aquí! gritaron las mujeres, pálidas de terror, ¡ya están aquí los españoles! ¡Ya llegó nuestra última hora!

Las aldabonadas se aumentaban.

—Mejor es abrir de buena voluntad, dijo María. Vengan ustedes y bajemos todas juntas. Tengo algún dinero y acaso podré comprar nuestra tranquilidad y nuestras vidas.

Bajaron al vestíbulo, y la joven hizo abrir la puerta, que estaba cerrada. Presentóse un oficial, con celada, coraza y una banda con los colores españoles; y echando una ojeada hacia aquellas mujeres llenas de miedo, conoció á María, vestida de luto y á quien su hermosura hacía notable. Apeóse

al punto, y envainando la espada, saludó á la señorita de Goës con tal respeto, que la sorprendió, y le dijo en castellano:

— Señorita, me llamo D. Blas de Luna, y vengo de parte de D. Gonzalo Osorio, que tiene el honor de ser pariente de usted. Le ofrece á usted sus respetos, y hallándose en este momento al lado del general, vendrá antes de dos horas á presentar sus homenajes á los pies de usted. Entre tanto me ha encargado que la defienda de todo insulto y que proteja su casa y á los que usted se digne acoger en ella.

Durante este discurso, tan distinto del que podía esperarse ó temerse de un enemigo vencedor, se sintió María penetrada de un íntimo reconocimiento para con Dios, cuya providencia se veía claramente: le dió gracias en el interior de su corazón, y contestó á D. Blas, pues había aprendido español en la abadía de Rynsburgo, agradeciéndole su atención, y rogándole que defendiese y protegiese las personas que la rodeaban y los heridos que estaban cuidando.

Saludóla él con gravedad, y al punto se constituyó en la casa con algunos soldados, gente formal y atenta como él, cuyo semblante serio y marcial tranquilizó del todo á la huérfana.

El corazón de ésta palpitó con violencia cuando al anochecer oyó nuevamente en la calle el ruido de muchos caballos y reflejó en los cristales la luz de los hachones. Sus piernas no podían sostenerla. Se abrió la puerta, entraron dos personas, y María se encontró estrechada en los brazos de su tía, la condesa de Osorio.

— ¡Hija de mi corazón! exclamó ésta; ¡querido tesoro que hoy vuelvo á encontrar! ¡Bendito sea Dios que te pone en mis manos! Hija mía, ¿qué providencia te ha conservado en medio de tantos peligros?

No pudo continuar, porque las lágrimas le sofocaron la voz. María lloraba también: su corazón probado con tan prolongadas angustias, desfallecía casi con aquel júbilo mezclado de llanto.

— ¿Y mi pobre hermano? preguntó al fin con recelo la condesa de Osorio.

— Ya no existe; murió como buen soldado, y según creo, ha muerto también como cristiano.

— ¡Hija mía! dijo la condesa, lee esta esquela y ya no dudarás de ello.

María leyó con indecible ternura la siguiente esquela, escrita por su padre y que el mismo príncipe de Orange había hecho llegar á su destino:

« Mi querida hermana: Es probable que no sobreviva yo á esta desgraciada ciudad, que parece condenada á perecer. Te entrego mi hija, esta niña angelical, cuyas virtudes me han desengañado de mis errores. Dios ve mi arrepentimiento, y espero en su misericordia que me los ha de perdonar. Pídele á Dios por mí y sé la madre de María. »

— Eres mía, querida: ya lo ves; tu padre conoció que yo te querría como una hija. Déjame que te presente á mi hijo, tu primo Gonzalo.

Un oficial joven, cuyo hermoso semblante respiraba ternura, se acercó y saludó respetuosamente á María.

— Este es mi Gonzalo, dijo la madre mirándolo

con cariñosos ojos: que admira, querida mía, tu fe y tu virtud.

María se sonrojó algo y apartó la vista.

— Vamos á salir de esta desventurada ciudad, prosiguió la condesa, y dentro de tres días podremos embarcarnos en Rotterdam para España. ¿Quiéres, hija? Necesitas mucho tranquilizarte.

— Cierta, tía, contestó con dulzura la joven; y seré dichosa en acompañarla á usted y en vivir á su lado. Pero, ¿he de abandonar á estas pobres mujeres y á estos heridos que estaba cuidando?

— Nada de eso, hija, contestó la tía. Encarga de ello á D. Blas, persona prudente y caritativa, y que comprenderá tus intenciones.

— Salga usted de aquí, prima, dijo Gonzalo, porque temo que ocurran escenas crueles, cuya vista lastimaría su corazón. El generalismo está irritado con la larga resistencia de esta ciudad.

— ¿Se queda usted, Gonzalo?

— Sí, señorita; pero no tardaré en regresar á España.

— Recomiendo á la bondad de usted mis infelices compatriotas, más que culpables, mal aconsejados, y dignos por su valor de la compasión de usted.

Hízole Gonzalo un reverencia. Dejó ella encargados los enfermos á D. Blas, entregándole el dinero y alhajas de que podía disponer; subió en seguida con su tía en la litera, y con el corazón entristecido salió de la desventurada Harlem.

A los tres días el bergantín *Santiago* se daba á la vela en Rotterdam para Cádiz, é iba á llevar á doña Ana y á su sobrina; pero antes de salir de su país natal, dijo ésta á la tía:

— Dejo aquí otro amigo, á quien no puedo olvidar que mi padre me tenía prometida. ¿Tendrá usted la bondad de escribir á Herberto acerca de mí? También es pariente de usted, y una palabra de su puño lo animará y le servirá de consuelo en sus penalidades.

La condesa deseaba el enlace de su hijo con María; pero la lealtad de su carácter se sobrepuso á esta consideración, y escribió á Herberto la siguiente carta:

« Muy señor mío y querido primo: Salgo para España, llevando conmigo á mi sobrina María de Goës. Si usted permanece fiel á las condiciones que ella le ha impuesto, la encontrará en mi casa. Dios le guarde y le ilumine. »

— ¡Adios! dijo María, cuando desde el puente del buque vió desaparecer bajo las olas las bajas costas de Holanda. ¡Adios!

(Se continuará.)

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

Pinturas luminosas. — Se prepara de color de naranja, mezclando:

Barniz, cuya preparación se expresa luego...	46 partes.
Baroselenita	17,5 —
Amarillo de Indias	1 —
Rubia	1,5 —
Sulfuro de calcio	34 —

El barniz referido se obtiene fundiendo 15 partes de copal de zancibar en 60 de aceite de trementina, y después de haberlo filtrado, se añade 25 partes de aceite de lino cocido y puro.

Se prepara color azul, con:

Barniz	42 partes.
Baroselenita	10,2 —
Azul ultramar	6,4 —
Azul cobalto	5,4 —
Sulfuro de calcio	36 —

Resulta de color violeta, mezclando:

Barniz	42 partes.
Baroselenita	10,2 —
Violeta ultramar	2,8 —
Arsenito de cobalto	9 —
Sulfuro de carbono	36 —

Se obtiene la pintura de color gris, con los ingredientes siguientes:

Barniz	45 partes.
Baroselenita	6 —
Carbonato de cal	6 —
Azul ultramar	0,5 —
Sulfuro de zinc	6,5 —
Sulfuro de calcio	36 —

Y finalmente, se prepara de color rojo, con:

Barniz	50 partes.
Sulfato de barita	8 —
Laca	2 —
Rejalgar (bisulfuro de arsénico)	6 —
Sulfuro de calcio	34 —

JEROGLIFICO



La solución en el número próximo.

SOLUCIÓN AL JEROGLÍFICO INSERTO EN EL NÚMERO 39

Atribuyen al dinero lo que de justicia es y otras veces al revés, tan sólo los majaderos.

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España calle del Príncipe, 27, Madrid.

ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS Plaza de la Bolsa, núm. 8.

EL AGUA DE SUEZ

Vacuna de la boca, suprime instantáneamente y para siempre los

DOLORES DE MUELAS

y por consiguiente, la Aurificación y la Estracción. — El análisis ha probado que esta agua no contiene ácido alguno, ni ninguna substancia tóxica, metálica ó narcótica. El Agua de Suez, hilo verde, empleada como dentífrico diario, es la única y sola que ha resuelto el doble problema de la supresión de la odontalgia y de la conservación de la dentadura. — La *Opiala anaranjada* de Suez, asegura su blancura sin ningún peligro. — El *Vinagrillo lácteo* de Suez, para el tocador, destruye la causa principal del Cáncer en la mujer; pero, es preciso tener mucho cuidado en no usarlo como dentífrico, — porque todo ácido corrompe el aliento, y pone amarillos los dientes que acaban por desmaltarse y caerse. — Dirigirse á M. SUEZ, 10, rue Ampère, París. Madrid: R. I. Chavarrí, almacén de drogas, Atocha, 87. — J. M. Moreno, botica de la Reina Madre Mayor, 93. — Manuel R. Hernández, farmacéutico, Mayor, 27 y 29. — Frera, perfumería, Carmen, 1. — Urquiola é hijos, perfumería, Mayor, 1.

SOCIEDAD GENERAL DE ANUNCIOS DE ESPAÑA

Esta sociedad tiene el honor de anunciar al público que en sus Oficinas se reciben anuncios, reclamos y hechos varios para sus periódicos de Madrid y provincias, recibiendo también para los de todos los países de Europa, de Asia, América, Oceanía, Australia y la India.

Oficinas: Calle del Príncipe, 27, principal

Sucursal en Barcelona, Bajada de Cervantes, 4.

AL PÚBLICO

Se acaba de recibir un gran surtido de sillas, sillones, sofás, banquetas de piano y recibimiento en el BAZAR DE SILLERÍA DE MADERA ENCORVADA de THONET hermanos, Plaza del Angel, núm. 10, Madrid.

Vapores Correos

DEL MARQUES DE CAMPO

Líneas regulares de Asia, Africa, América y Oceanía

Servicio mensual, en días fijos, desde el puerto de Liverpool á Burdeos, Coruña, Vigo, Cádiz, Cartagena, Valencia, Barcelona, Port-Said, Suez, Aden, Punta de Gales, Singapur, Manila y viceversa.

El 15 de Agosto del corriente año saldrá de Liverpool, cumpliendo el anterior itinerario, el vapor correo SANTO DOMINGO (100 A. I. Loyd), admitiendo carga y pasajeros para todos los puertos mencionados en el mismo.

El 18 de Agosto del corriente año, saldrá de Burdeos, cumpliendo el anterior itinerario, el vapor correo VENEZUELA, admitiendo carga y pasajeros para todos los puertos mencionados en el mismo, como para los de Nuevitas, Gibara, Baracoa, Santo Domingo, Santiago de Cuba, Puerto-Príncipe, La Guayra, Puerto-Plata, Aguadilla, Ponce, Mayagüez, Saint-Thomas, Kingston, Santa Marta, Lincoln, Barranquilla, Sabanilla y Colón.

La guerra á los árboles.—El hombre al reemplazar los grandes vegetales por los cultivos anuales, se ha excedido en su obra de transformación, cayendo en el abuso é introduciendo en la naturaleza la perturbación más funesta.

«El hombre, ha escrito M. Naudice, violentó la producción en las comarcas decadentes, no respetando lo suficiente ni las bellas regiones de los trópicos.

«Ved, añade el distinguido escritor, en los Andes, los antiguos bosques de Quinquina, casi agotados; ved los bosques vírgenes del Brasil caer bajo el hacha del colono, y los de la América central cada día más raros. Los mismos males en la India y la isla de Soudce.

«Algunos años más de ruina y de destrucción, y no hallaremos en aquellas regiones ni el Tekc ni el Isonandre, el árbol de los telégrafos submarinos, y que suministra con su sávia la guttapercha, tan estimada en la industria.»

Y Maury, el célebre escritor y viajero, condensa de esta suerte sus impresiones en las llanuras del Mitidja y de la provincia de Orán. «Allí los primitivos montes son extensos páramos. En la provincia de Constantina y en las márgenes del Rimmel no se encuentra ni un árbol.»

Algunos hombres que se llaman prácticos, acaso se sorprendan al saber que ese trabajo general de ruina vegetal ha cambiado los productos de las distintas zonas, introduciendo en el clima de las comarcas mudanzas funestas y esterilidad deplorable.

El vino que alegraba á los huéspedes de Cleopatra ya no lo produce el Egipto.

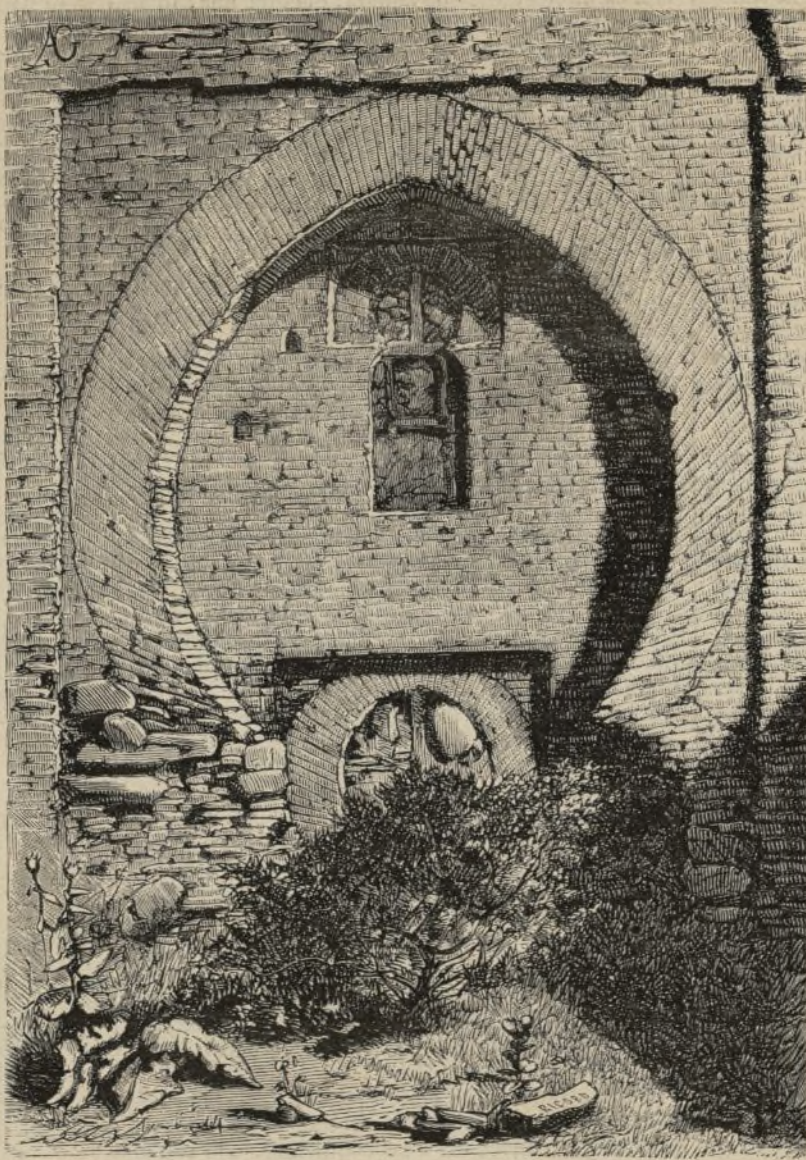
El trébol, que pasó de Grecia á Italia y más tarde al Sur de Alemania, vive ya en el Norte de esta nación, estrechado y perseguido por la sequedad de los estíos.

El pino piñero ya no adorna las alturas de las montañas de la Arcadia; la Islandia ya no produce el centeno ni mantiene bosques de altos abedules, como en otros tiempos, y ya Homero no conocería los flancos del monte Ida, presentados en la *Iliada* festoneados de ricos prados y de amenas campiñas.

El árbol, que es la clave del mundo vegetal, al desaparecer arrastra en su ruina la vida de las campiñas y la fecundidad y hermosura de los valles.

¡Y cuántos atractivos y cuántos orígenes de inspiración huyen también de la tierra con la desaparición de los árboles!

El sabio Arago la patentiza en la biografía del



ARCO MUDÉJAR EN VALLADOLID.

ilustre Bailly. «Todas las mañanas, decía, dejaba su modesta casa de Chaillot y paseaba por los bosques próximos, perdiéndose en los intrincados laberintos de la espesura, donde su poderosa inteligencia elaboraba sus producciones, revistiéndolas de las galas del lenguaje que harán inmortales sus obras.»

También Zimmerman nos ha dejado en esta bella frase, el más cumplido elogio que puede tributarse á los árboles:

«En la calma y en la soledad de los bosques hallé la planta que cicatriza las heridas del corazón.»

El excesivo ardor del sol y la falta de agua, hechos provocados por la destrucción de los grandes vegetales, ahogan la vida en los campos y arrojan el soplo de la muerte en regiones enteras, llenas antes de animación y de riqueza.

La vida febril de la agricultura conduce á la degradación y á la impotencia del suelo.

Los castaños desaparecieron de los valles de Lezare (Francia), al compás de los gigantes árboles silvestres que cubrían las montañas, y que los protegían de los vientos del Norte, y el olivo, rico vestido del Mediodía de Francia, se aleja más y más hacia Italia.

La observación ha sobrepuesto la idea forestal á la agrícola, buscando el eje del cultivo, tras largos siglos de trastornos, en el respeto á la vegetación espontánea.

La labor, templada al calor de los preceptos naturales, se detiene en su libre marcha ante la imperiosa necesidad de la permanencia.

Hé ahí por qué la idea de la colonización no es tan sólo una idea agraria, ni mucho menos el empirismo de reunir sobre un punto brazos y esfuerzos, como creyeron en un principio las leyes y los pueblos.

Los colonos chinos, al fijarse en la isla de Palo Pinang, no respetaron los montes de las montañas centrales, concluyendo con la brisa saludable de las tardes y con los ríos y arroyos que hacían á aquel país sano y habitable.

Los árboles son el nacimiento de la vida rural; por eso la colonización de la provincia de Bouffarik, á mediados de este siglo, más científica y por lo tanto más práctica, empezó cuerdamente por desenvolver primero la idea forestal, plantando 60.000 árboles que contribuyeron á sanear la localidad, haciendo posibles los cultivos agrícolas y la vida de la población.

Pinturas luminosas.— Para obtener pintura verde se emplean:

Barniz mencionado.....	48 partes.
Baroselenita	10 —
Arsenato de cromo.....	8 —
Sulfuro de calcio.....	34 —
Resulta amarillo pálido, mezclando:	
Barniz.....	48 partes.
Baroselenita	10 —
Oropimente (trisulfuro de arsénico).....	8 —
Sulfuro de calcio.....	34 —

TIPOGRAFÍA GUTENBERG, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

PROPIETARIO, D. MÓDESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo treinta y seis grandes columnas de texto, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.—HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.—FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.

Ayuntamiento de Madrid